

Chica Xavier



Cuentos y Apólogos

<http://espiritismo.es>

ÍNDICE

<i>Ofrenda</i>	3
1. La capa de santo	4
2. El candidato intelectual	7
3. Justicia de lo Alto.....	10
4. El farolero desprevenido.....	13
5. "Yo" contra "yo"	15
6. El bendito aguijón	17
7. La ficha	20
8. El remedio objetivo	23
9. El cazador providencial	26
10. Parábolas simple.....	28
11. Cosecha de odio	30
12. El examen de la caridad	32
13. Alabanzas rechazadas	36
14. La lección del discernimiento.....	38
15. El enigma de la obsesión	41
16. El compañero de los ángeles.....	44
17. El hombre que no se irritaba	47
18. En el camino del amor	50
19. La visión divina.....	52
20. Ideas.....	54
21. El encuentro divino	57
22. La conducta cristiana.....	60
23. Deuda y rescate.....	63
24. El aviso oportuno	66
25. Las rosas del infinito.....	69
26. La última tentación.....	72

27.	Dar y dejar	74
28.	El conferenciante atribulado	77
29.	En el reino de las mariposas	79
30.	El escriba equivocado.....	81
31.	Juiciosa ponderación	84
32.	La consulta.....	86
33.	La senda de la luz	89
34.	La elección del Señor	92
35.	Cuestión de justicia	95
36.	Alabado sea Dios	99
37.	Leyenda simbólica	102
38.	La limosna de la compasión	104
39.	Infortunio materno	106
40.	En los dominios de la sombra.....	109

OFRENDA

Amigo mío:

A la manera de los viejos peregrinos que trabajan sin reposo, te busco los oídos por las puertas del corazón.

Siéntate aquí por un momento.

Somos pocos junto al árbol frondoso de la amistad perfecta.

Muchos pasaron trazándote el camino...

Muchos otros, te visitaron obligándote a doblar las rodillas ante el Cielo...

No te impongo un modelo para las actitudes exteriores. Te ofrezco la lumbre de la experiencia.

No te señalo normas para la contemplación de las estrellas.

Ruego que veas en el firmamento la presencia divina de la Divina Bondad.

Apenas de traigo las historias simples y humildes, que oí de otros viajeros.

Recíbelas, ellas son nuestras.

Guardan la sonrisa de los que enseñan en el templo del amor y las lágrimas de los que aprenden en la escuela del sufrimiento.

Se asemejan a las flores pobres entretejidas de júbilo y llanto, dolor y bendición, que deposito en tu alma para el viaje del mundo.

¡Acógelas con tolerancia y benevolencia! Te dirán todas ellas que, más allá de la muerte, florece la vida, tanto como de la noche resurge el esplendor solar, y que si hay flagelación y angustia, ante el infortunio de los hombres, fulguran, siempre puras y renovadas, la esperanza y la alegría, ante la gloria de Dios.

Hermano X Pedro Leopoldo, 30 de octubre de 195:7.

LA CAPA DE SANTO

Cierto discípulo, extremadamente aplicado al Infinito Bien, después de largo tiempo al lado del Divino Maestro, recibió la incumbencia de servirlo entre los hombres en la Tierra.

Descendió de la Esfera Superior en que habitada y nació entre las criaturas, para ser un carpintero.

Operario digno y leal, sufrió muchas veces conflictos amargos pero, se apegaba fervoroso a la protección de los santos y terminó su primera misión admirablemente.

Volvió al Cielo, jubiloso, y recibió la orden de ser marinero.

Regresó a la carne y trabajó, asiduamente, en innumerables viajes, esparciendo beneficios en nombre del Señor.

Hubo momentos en que la tempestad lo enfrentó, amenazadora, pero el aprendiz, en las lides del mar, recurría a los Héroes Bienaventurados y atesoró fuerzas para vencer.

Remató el servicio de manera loable y volvió a la Casa Celeste, de donde retornó al mundo, para ser copista.

Se ejerció, entonces, pacientemente, en los trabajos de la escritura, grabando numerosas enseñanzas de los sabios; y, cuando la aflicción o el enigma le visitaban el alma, se acordaba de los Benefactores Consagrados, y nunca permaneció sin el alivio esperado.

Nuevamente restituido al Domicilio de lo Alto, siempre admirado por su conducta irreprochable, descendió a los círculos de lucha común para ser labrador.

Sirvió con inenarrable abnegación a la tierra en la que renació, y, si los dolores le buscaban el corazón o el hogar, suplicaba los buenos oficios de los Abogados de los Pecadores y jamás quedó desamparado.

Después de precioso descanso, resurgió en el campo humano para ejercitarse en el dominio de las ciencias y de las artes.

Fue alumno de Filosofía y encontró numerosas tentaciones contra la fe espontánea que le sustentaba el alma simple y estudiosa; sin embargo, en

todos los obstáculos del camino, imploraba la cooperación de los Grandes Instructores de la Perfección, que habían conquistado la aureola de la santidad, en las más diversas naciones, y atravesó, ileso, las pruebas difíciles.

Luego, mas tarde, fue medico y sorprendió padecimientos que nunca imaginara. Se afligió millares de veces ante la amargura de muchos destinos lamentables; se refugió en la paciencia, pidió socorro a los Protectores de la Humanidad, y, con el patrocinio de ellos, venció, una vez más.

Tan inmensa devoción adquirió, que ya no sabía trabajar sin recurrir de inmediato al concurso de los Espíritus Glorificadores para su propia sublimación.

Para él, semejantes benefactores serian campeones de la gracia, privilegiados del Padre Supremo o súbditos favorecidos del Trono Eterno. Y, por eso, prosiguió trabajando, en estrecha colaboración con ellos.

Fue sastre, escultor, poeta, músico, escritor, profesor, administrador, conductor, legislador y siempre se retiró de la Tierra con distinción.

Victorioso en tantas misiones, fue llamado por el Maestro, que le habló conciso:

-Has vencido en todas las pruebas que te confié y, ahora, puedes escoger tu propia tarea.

El discípulo, embriagado de ventura, consideró sin detenerse:

-Señor, tantas gracias he recibido de los Benefactores Divinos, que, de ahora en adelante, desearé ser uno de ellos, junto a la Humanidad...

-¿Pretenderías, por ventura, ser un Santo?- indagó el Celeste Instructor, sonriendo.

-Si...- confirmó el aprendiz, extasiado. El Señor, en tono grave, considero:

-El fruto que alimenta debe estar suficientemente maduro... Hasta hoy, en la forma de operario, de artista, de administrador y de orientador, has estado a mi servicio, junto a los hombres, pero, con la capa de santo, permanecerás al servicio de los hombres, junto a mí. Hay mucha diferencia.

Pero, el interlocutor insistió, humilde, y el Maestro no le negó la concesión.

Renació, de ese modo, muy esperanzado y a los veinte años del cuerpo físico, recibió de lo Alto el manto resplandeciente de la santidad.

En él se manifestaron dones sublimes. Adivinaba, curaba, esclarecía, consolaba.

La inteligencia, la intuición y la ternura eran en el diferentes y fascinantes.

Y el pueblo reconociendo su condición, le buscó, en masa, las bendiciones y directrices. Buenos y malos, justos e injustos, ignorantes a instruidos, jóvenes y viejos, le exigían, sin consideración por sus necesidades naturales, la salud, el tiempo, la paz y la vida.

En la categoría de santo, no podía sustraerse a la lucha, ni desesperarse, y por más que estuviese rodeado de manjares y flores, por parte de los devotos y beneficiarios reconocidos, no podía comer, ni dormir, ni pensar, ni lavarse. Debía dar, sin reclamación, sus propias fuerzas, a la manera de una vela, manteniendo la llama por las dos puntas.

No valían excusas, lágrimas, cansancio o servicio hecho.

El pueblo exigía siempre.

Después de dos años de amarga batalla espiritual, atormentado y disgustado, se dirigió en oraciones al Señor y alegó que la capa de santo era por demás espinosa y pesaba excesivamente.

Dándose cuenta del llanto sincero, el Maestro lo oyó, compadeciendo, y le explicó:

-Olvidaste que, hasta ahora, has actuado en el comando. En la posición de carpintero, modelabas la madera; labrador, determinabas el suelo; medico, ordenabas a los enfermos; filosofo, regias ideas; músico, tañías los instrumentos; escultor, cincelabas la piedra; escritor, disponías sobre las letras; profesor instruías a los menos sabios que tu; administrador y legislador, interferías en los destinos ajenos. Siempre te preste autoridad y recursos para los trabajos de valor... Pero, para vestir la capa de santo, es necesario aprender a servir... Con el propósito de que alcances ese glorioso fin, serás, de ahora en adelante, modelado, pulido, perfeccionado y educado por la vida.

Y mientras el Maestro sonreía, complaciente y bondadoso, el discípulo llorando, pero reconfortado, esperaba nuevas ordenaciones para ingresar en el precioso curso de obediencia.

EL CANDIDATO INTELECTUAL

Se cuenta que Jesús, después de infructuosos acuerdos con los doctores de la Ley, en Jerusalén, acerca de los servicios de la Buena Nueva, fue buscado por un candidato al nuevo Reino, que se caracterizaba por su profunda capacidad intelectual.

El Maestro lo recibió cordialmente, y después de las interpelaciones del futuro aprendiz, Paso a explicar los objetivos de la misión. El Evangelio sería la luz de las naciones y se consolidaría a costa de la renuncia y la dedicación de los discípulos. Enseñaría a los hombres la retribución del mal con el bien, del perdón infinito con la infinita esperanza. La Paternidad Celeste resplandecería para todos. Judíos y gentiles se convertirían en hermanos, hijos del mismo Padre.

El candidato inteligente fijando sus ojos en el Señor, indago, con argucia:

-¿A qué escuela filosófica obedeceremos?

-A las escuelas del Cielo- respondió, complaciente, el Divino Amigo.

Y otras preguntas improvisadas, llovieron.

-¿Quién presidirá nuestra organización?

-Nuestro Padre Celestial.

-¿En qué bases aceptaremos la dominación política de los romanos?

-En las del respeto y el auxilio mutuos.

-En la hipótesis de ser perseguidos por el Sanedrín, en nuestras actividades, ¿cómo proceder?

-Disculparemos la ignorancia, cuantas veces fuere necesario.

-¿Cuál es el derecho que corresponderá a los adeptos de la Nueva Revelación?

-El derecho de servir sin exigencias.

El joven con los ojos muy abiertos y la mirada afligida prosiguió indagando:

-¿En qué consistirá, el salario del discípulo?

-En la alegría de practicar la bondad.

-¿Estaremos conglomerados en un gran partido?

-Seremos, en todos los lugares, una asamblea de trabajadores atentos a la Voluntad Divina.

- ¿El programa?

-Permanecerá en las enseñanzas nuevas de amor, trabajo, esperanza, concordia y perdón.

-¿Donde estará la voz más cercana al comando?

-En la conciencia.

-¿Y los cofres para mantener el movimiento?

-Se sitúan en nuestra capacidad de producir el bien.

-¿Con quién contaremos, de inmediato?

-Por encima de todo con el Padre, y en la senda común, con nuestras propias fuerzas.

-¿Quien retendrá la mejor posición en el ministerio?

-Aquel que más sirva.

El candidato movió la cabeza, francamente desorientado, y continuo, terminada la pausa:

-¿Qué objetivo fundamental será el nuestro?

Respondió Jesús, sin irritarse:

-El mundo regenerado, ennoblecido y feliz.

-¿Cuánto tiempo gastaremos?

-El tiempo necesario.

-¿De cuantos compañeros seguros disponemos para el inicio de la obra?

-De los que puedan comprendernos y quieran ayudarnos.

-¿Pero, no tendremos recursos para obligar a los seguidores a la colaboración activa?

-En el Reino Divino, no hay violencia.

-¿Cuantos filósofos, sacerdotes y políticos nos acompañaran?

-En nuestro apostolado, la condición transitoria no interesa, y la cualidad permanece por encima del número.

-¿Cuantos países abarcara la misión?

-Todas las naciones.

-¿Habrá diferencia entre señores y esclavos?

-Todos los hombres son hijos de Dios.

-¿En qué sitio se levantan las construcciones iniciales? ¿Aquí en Jerusalén?

-En el corazón de los aprendices.

-¿Los libros de anotaciones están listos?

-Sí.

-¿Cuales son?

-Nuestras vidas...

El talentoso candidato continuó indagando, pero Jesús calló, sonriente y sereno.

Luego de una larga serie de interrogaciones sin respuesta, el joven audaz inquirió, ansioso:

-¿Señor, porque no esclareces?

Cristo le acarició los hombros inquietos y afirmó:

-Búscame cuando estés dispuesto a colaborar.

Y diciendo así, abandonó Jerusalén en dirección a Galilea, donde buscó a los pescadores rústicos y humildes que, realmente, nada sabían de la cultura griega o del Derecho Romano, pero se mantenían perfectamente dispuestos para trabajar con alegría y servir por amor, sin preguntar.

JUSTICIA DE LO ALTO

Cuatro operarios solteros, casi todos de la misma edad, comparecieron al tribunal de Justicia de lo Alto, después de haber perdido el cuerpo físico, en un accidente espectacular.

En la Tierra, fueron analizados por idéntico patrón.

Excelentes personas aniquiladas por la muerte, con los mismos homenajes sociales y domésticos.

Sin embargo, en la vida espiritual, se mostraban diferentes entre sí, reclamando variados estudios y distintas apreciaciones.

Ostentando, cada cual, un halo de irradiaciones específicas, fueron conducidos al juez que les examinó atentamente el proceso durante algunos días.

El magistrado invitó uno a uno, a que le escuchasen las determinaciones, en nombre del Derecho Universal, ante numerosa asamblea de interesados en las sentencias.

Al primero de ellos, que estaba rodeado de puntos oscuros, como si estuviese envuelto en una atmósfera pardusca, el compasivo juzgador le dijo, bondadoso:

-De tus notas, se translucen los pesados compromisos que asumiste, utilizando tus recursos de trabajo para fines inconfesables. Hay viudas y huérfanos, llorando en el mundo, guardando amargos recuerdos de tu influencia.

Y como el interpelado inquiriese en cuanto al futuro que lo aguardaba, el árbitro amigo observó, sin afectarse:

Vuelve a los lugares de donde viniste y comienza de nuevo la lucha por la redención, reajustando el equilibrio de aquellos que perjudicaste. Naturalmente, estás obligado a restituirles la paz y la seguridad.

Se aproximó el segundo, que andaba bajo irradiaciones cenicientas, y oyó las siguientes consideraciones:

-Revelan las anotaciones que lesionaste la fabrica en la que trabajabas. Detentaste salarios y ventajas que no se corresponden con el esfuerzo que dispensabas.

Y percibiéndole las interrogaciones mentales, añadió:

-Retorna a tu antiguo núcleo de servicio y auxilia a los compañeros y a las maquinas que explotaste, en mal sentido. Es indispensable que rescates el debito de algunos millares de horas, junto a ellos, en actividad asistencial.

Al tercero que se aproximó desentonando de los precedentes por el aspecto que presentaba, le dijo el juez, generoso:

-Las informaciones de tu romería en el Planeta Terrestre explican que demostraste loable corrección en el proceder. No te valiste de tus posibilidades de servicio para perjudicar a los semejantes, no traicionaste tus obligaciones y solamente recibiste del mundo aquello que realmente te era debido. Tú conciencia está libre con la Ley. Puedes escoger tu nuevo tipo de experiencia, pero aun en la Tierra, donde precisas continuar en el curso de tu sublimación.

Enseguida, surgió el último. Venia nimbado de bello esplendor. Rayos de zafirina claridad lo envolvían todo, pareciendo emitir felicidad y luz, en todas direcciones.

El juez se inclinó, ante él, e informo:

-Mi amigo, la cosecha de tu siembra te confiere la elevación.

Servicios más nobles te esperan más alto.

! El trabajador humilde, como si estuviera deseoso de ocultar la luz que lo coronaba, se alejo con lagrimas de júbilo y gratitud, en los brazos de viejos amigos que lo rodeaban, contentos, y, debido a la explosión de preguntas de algunos colegas despechados, que aseveraban conocer en el, a un simple hombre de trabajo, el juez esclareció, persuasivo y bondadoso:

-El hermano promovido es un héroe anónimo de la renuncia. Nunca impuso ningún perjuicio a nadie, siempre respetó el taller que se honraba con su colaboración, y no se limitó a ser correcto con los deberes, a través de los cuales conquistaba lo que era necesario para la vida. Se sacrificaba por el bien de todos. Supo ser delicado en las situaciones más difíciles. Soportaba el hígado enfermo de los colegas, con bondad y entendimiento. Inspiraba

confianza. Distribuía estímulo y entusiasmo. Sonreía y auxiliaba siempre. Centenas de corazones lo siguieron, más allá de la muerte, ofreciéndole oraciones, alegrías y bendiciones. La Ley Divina, jamás se equivoca.

Y como el juicio fuera satisfactoriamente liquidado, el Tribunal de Justicia de lo Alto, cerró la sesión.

EL FAROLERO DESPREVENIDO

El soldado Teofrasto, hombre de excelente corazón, fue nombrado farolero por Alcibíades, en la expedición de Sicilia, con el fin de orientar a las embarcaciones en una zona peligrosa del mar.

Por allí, rocas puntiagudas esperaban sin piedad a las galeras desprevenidas. Aun fuera de la tempestad, cuando la furia de los dioses no soplaba silbante sobre la Tierra, derribando casas y arboledas, los pequeños y grandes barcos eran atraídos a los peñascos destructores, cual ovejas conducidas precipitadamente al matadero.

¿Cuántos viajeros habían perdido ya la vida y los bienes en el traicionero pasaje? ¿Cuántos pescadores incautos no regresaron más a la bendición del hogar? Nadie lo sabía.

Sin embargo, preservando la suerte de sus comandos, el gran general situó a Teofrasto en el farol que se erguía en la costa, con la misión de iluminar el camino marino, durante la noche. Para garantizar el éxito, mando a unos cuantos emisarios con abundante provisión de aceite puro. El servidor, honrado con semejante mandato, permanecería en el ministerio de la luz contra las sombras, defendiendo la salvación de todos los que transitasen por las aguas oscuras.

Allí inicio, Teofrasto desenvolvió, sin dificultad, la tarea que le competía. Terminado el crepúsculo, mantenía la Luz encendida, revelando la ruta libertadora.

Pero, cuando los vecinos supieron que el soldado poseía un corazón tierno y bondadoso, comenzaron a visitarlo, a menudo. Realmente estimaban en él, la cordialidad y la dulzura, pero en el fondo, lo que buscaban era que les concediera el aceite para destinarlo a pequeñas necesidades.

El soldado, en breve tiempo, era asediado con persistentes ruegos.

Antifón, el labrador, vino a pedirle medio barril del combustible para los saraos de su hacienda. Eunice, la costurera, le rogó, dos ánforas llenas para poder terminar la confección de algunas túnicas, más allá de las horas del día. Eubolo, el zapatero, alegando que el padre agonizaba, le imploró la donación

de algunos platos de aceite, para que el progenitor no muriese a obscuras. Crisóstomo, el fabricante de ungüentos, le reclamó cinco potes destinados a la elaboración de remedios. Corciro, el negociante, le imploro cierta cuota, muy elevada, para sustento de algunos candiles.

Todos los amigos de los alrededores, interesados en satisfacer sus exigencias domesticas, relacionaron solicitudes simpáticas y conmovedoras.

Teofrasto, alcanzado en su sensibilidad, distribuyó el precioso combustible, de acuerdo al orden de peticiones.

No podía sufrir el angustioso cuadro, afirmaba. Las requisiciones, en su parecer, eran justas y oportunas.

Así fue que, al término de dos semanas, se agotó la reserva de doce meses.

El funcionario no pudo comunicarse fácilmente con los puestos avanzados de comando y, tan pronto se apagó el farol solitario, por varias noches consecutivas, los duros peñascos despedazaron embarcaciones de todos los matices.

Prestigiosos contingentes de tropas perdieron la vida.

Confiados pescadores jamás retornaron al nido familiar.

Diversos comerciantes, portadores de valiosas soluciones a problemas inquietantes de la lucha humana, descendieron afligidos, a los abismos del mar.

Alcibíades, naturalmente indignado, destituyo al servidor del elevado cargo, recomendando que le fueran aplicadas las penas de la ley.

El médium cristiano es siempre un farolero con las reservas de aceite de las posibilidades divinas, para beneficio de todos los que navegan en pleno océano de la experiencia terrestre, indicándoles las rocas de las sombras y abriéndoles el rumbo salvador; sin embargo, ¿cuántos de ellos no pierden la oportunidad del servicio victorioso por la presión indebida de los casos particulares que proceden generalmente de bagatelas de la vida?

"YO" CONTRA "YO"

Cuando el Hombre, joven aun, deseó cometer el primer desatino, se aproximó, el Buen Sentido y le aconsejó:

-¡Detenté! ¿Por qué te entregas así al mal?

-Pero el interpelado, respondió, orgulloso:

-Yo quiero.

Pasando, más tarde, a la condición de perdulario y adoptando la extravagancia y la locura como normas de vida, apareció la Ponderación y lo aconsejó:

-¡Para! ¿Por qué te consagras, de ese modo, al gasto inconsecuente?

Sin embargo, el esclareció, jactancioso:

-Yo puedo.

Más tarde, manipulando a los demás al servicio de su insensatez, recibió la visita de la Humildad, que le rogó, piadosa:

-¡Reflexiona! ¿Por qué note compadeces de los más débiles y de los mas ignorantes?

Empero, el infeliz replico colérico.

-Yo mando.

Absorbiendo inmensos recursos, inútilmente, cuando podría beneficiar a la colectividad, se acerco a él, el Amor y le pidió:

-¡Modificate! ¡Se caritativo!, ¿Cómo puedes retener el rió de las oportunidades sin socorrer el campo de las necesidades ajenas?

Y el miserable informó:

-Yo ordeno.

Practicando actos condenables, que lo llevaron a la picota de la desaprobación pública, la Justicia se acerco a él y le recomendó:

-¡No prosigas! ¿No te duele herir a tanta gente?

Pero el infortunado acentuó, implacable:

-Yo exijo.

Y vivió así el Hombre, creyéndose el centro del Universo, reclamando, oprimiendo y dominando, sin oír las sugerencias de las virtudes que iluminan

la Tierra, hasta que un día, la Muerte lo buscó y le impuso la entrega del cuerpo físico.

El desdichado entendió la gravedad del acontecimiento, se postró ante ella y consideró:

- Muerte ¿por qué me buscas?

-Yo quiero- dijo ella.

-¿Por qué me obligas a aceptarle?- gimió triste.

-Yo puedo- contestó la visitante.

-¿Cómo puedes atacarme de ese modo?

-Yo mando.

-¿Que poderes te mueven?

Yo ordeno.

- ¡Me defenderé contra ti - clamo el Hombre, desesperado, -¡pelearé y recibirás mi maldición!...

Pero la Muerte sonrió, imperturbable, y afirmó:

-Yo exijo.

Y, en la lucha del "yo" contra "yo", lo condujo a la casa de la Verdad para mayores lecciones.

* * * * *

EL BENDITO AGUIJÓN

Atendiendo a ciertas interrogaciones de Simón Pedro, en la sencilla agrupación apostólica de Cafarnaúm, Jesús explicaba, solicito:

-A la victoria de la fraternidad se destina sobre todo la Buena Nueva.

Nuestro Padre espera que los pueblos del mundo se aproximen unos a otros y que la maldad sea olvidada para siempre.

No es justo que se combatan las criaturas recíprocamente, con el pretexto de ejercer un dominio indebido sobre el patrimonio de la vida, de los cuales somos todos simples usufructuarios.

Operemos, así, contra la envidia que atiza el incendio de la codicia, contra la vanidad que improvisa la locura y contra el egoísmo que aleja a las almas entre si...

Naturalmente, la gran transformación no surgirá de inmediato.

Santifiquemos el verbo que anticipa la realización.

En el pensamiento bien conducido y en la oración fervorosa, recibiremos las energías imprescindibles para la acción que nos corresponde desarrollar.

La paciencia en la enseñanza garantizara éxito a la sementera, la esperanza fiel alcanzara el Reino Divino, y nuestra palabra, aliada al amor que auxilia, establecerá el imperio de la Bondad infinita sobre el mundo entero.

Hay sombras y molestias por todas partes, como si la existencia en la Tierra fuese una corriente de aguas viciadas. Pero, es imperioso reconocer, que, si regeneramos la fuente, aparece la solución adecuada al gran problema. Restaurado el espíritu, en sus líneas de pureza, se subliman sus manifestaciones.

En vista de la pausa natural que hizo espontáneamente en la exposición del Maestro, Pedro interfirió, preguntando:

-Señor, tus afirmaciones son siempre imágenes de la verdad. Comprendo que la enseñanza de la Buena Nueva extenderá la felicidad sobre la Tierra... No obstante, ¿no concuerdas en que las enfermedades son terribles flagelos para la criatura? ¿Y si curásemos todas las dolencias? ¿Si

proporcionásemos alivio duradero a cuantos padecen aflicciones del cuerpo?
¿No crees que así, instalaríamos bases más seguras para el Reino de Dios?

Y Felipe agregó, algo tímido:

-¡Gran realidad!... No es fácil concentrar ideas en lo Alto, cuando el sufrimiento físico nos incomoda. Es casi imposible meditar en los problemas del alma, si la carne permanece abatida por achaques...

Otros compañeros se expresaron, apoyando el plan de protección integral a los que sufren.

Jesús dejó que la serenidad reinase de nuevo, y, alabando la piedad, comunicó a los amigos que al día siguiente, antes de la prédica, a título de experiencia, todos los enfermos serían curados.

Como en efecto, al otro día, desde la mañanita, el Médico Celeste, asistido por los apóstoles, impuso sus milagrosas manos sobre enfermos de todos los matices.

En el curso de algunas horas, fueron liberados más de cien prisioneros de sarna, chancro, reumatismo, parálisis, ceguera, obsesión...

Los enfermos penetraban al gabinete improvisado al aire libre, con manifiesta expresión de abatimiento, y volvían jubilosos.

Tan pronto reaparecían, con la mirada fulgurante, restituidos a la alegría, a la tranquilidad y al movimiento, formulaba Pedro la invitación fraternal para el banquete de verdad y luz.

El Maestro, en breves instantes, hablaría con respecto a la belleza de la Eternidad y a la gloria de Infinito; demostraría el amor y la sabiduría del Padre y recorrería horizontes divinos de renovación, descubriendo secretos del Cielo para que el pueblo trazase luminoso camino de elevación y perfeccionamiento en la Tierra.

Pero, los alegres beneficiados, se apartaban apresurados, entre frases rápidas de agradecimiento y disculpa. Declaraban algunos que eran ansiosamente esperados en el ambiente doméstico y otros afirmaban que estaban interesados en retornar a ciertas ocupaciones vulgares, con urgencia.

Con la cura del último llago, la vasta margen del lago contaba apenas con la presencia del Señor y los doce aprendices.

Desagradable silencio abatió a la reducida asamblea.

El pescador de Cafarnaúm dirigió significativa mirada de tristeza y desilusión al Maestro, pero Cristo habló, compasivo:

-Pedro, estudia la experiencia y guarda la lección. Aliviamos el dolor, pero no nos olvidemos que el sufrimiento es creación del hombre mismo, ayudándolo a esclarecerse para la vida más elevada.

Y sonriendo, expresivamente, concluyó:

-La carne enfermiza es remedio salvador para el espíritu envenenado. Sin el bendito aguijón de la enfermedad corporal es casi imposible tañer el rebaño humano del lodazal de la Tierra, para las culminaciones del Paraíso.

LA FICHA

Juan Mateo, distinguido predicador del Evangelio en la mies espiritista, la noche que alcanzó medio siglo de edad en el cuerpo físico, después de orar enternecidamente con los amigos, fue a dormir. Soñó que alcanzaba las puertas de la Vida Espiritual y deslumbrado con la ligereza que poseía, intentaba elevarse para disfrutar mejor la excelcitud del Paraíso, cuando un Funcionario del Pasaje Celestial se aproximó a recordarle solícito:

-Juan, para evitar cualquier sorpresa desagradable en el avance, conviene echarle vistazo a su ficha...

Y el viajero recibió el primoroso documento, en cuyo frente leyó, espantadizo:

- Juan Mateo.
- Renacimiento en la Tierra en 1904.
- Infancia tranquila.
- Padres cariñosos y amigos.
- Inteligencia preciosa.
- Cerebro claro.
- Instrucción digna.
- Buenos libros.
- Juventud holgada.
- Buena salud.
- Envidiables elementos de comodidad.
- Sueño tranquilo.
- Excelente apetito.
- Seguro abrigo doméstico.
- Constante protección espiritual.
- Nunca sufrió accidentes de importancia.
- A los 20 años de edad, se empleó en el comercio.
- Casase a los 25, manteniendo en régimen de esclavitud a la esposa.
- Católico romano hasta los 26.
- Presenció sin prestar mayor atención, 672 misas.

- A los 27 años de edad, se transfirió para las filas espiritistas.
 - Compareció a 2.195 sesiones Espiritistas, bajo la invocación de Jesús.
 - Realizó 1.602 charlas y conferencias doctrinarias.
 - Escribe cartas y paginas conmovedoras.
 - Notable narrador.
 - Polemista cauteloso.
 - Cuatro hijos.
 - Buena mesa en casa.
 - No encuentra tiempo para auxiliar a los hijos en la búsqueda de Cristo.
 - Efectuó 106 viajes de reposo y distracción.
 - Gran intolerancia hacia los vecinos.
 - Refractario a cualquier cambio de hábitos para la prestación de servicios a los demás.
 - Nunca percibe si ofende al prójimo, a través de su conducta, pero revela extrema susceptibilidad ante la conducta ajena.
 - Se relaciona solamente con amigos del mismo nivel.
 - Sufre horrores ante las complicaciones de la vida social, aunque, destaca incesantemente el imperativo de la fraternidad entre los hombres.
 - Sabe defenderse con esmero en cualquier problema difícil.
 - Mas allá de los recursos naturales que le rindieron respetable posición y expresivo bienestar domestico, bajo el constante amparo de Jesús, a través de los múltiples mensajeros, conserva bienes inmuebles por valor de 600.000 cruzeiros y guarda en cuenta de lucro particular el importe de 302.000 cruzeiros.
 - Para Jesús, que lo buscó en la persona de mendigos, de necesitados y de enfermos, dio durante toda su vida 90 centavos.
 - Para cooperar en el apostolado de Cristo, ya ofreció 12 cruzeiros en obras de asistencia social.
 - Debito.....
- Quando iba a leer el ítem referente a sus propias deudas, fuertemente impresionado, Juan despertó.
- Era de mañanita...
- Por la noche, de buen humor, se reunió con los compañeros, relatándoles lo ocurrido.

Estaba transformado, decía. El sueño había modificado su modo de pensar. Se consagraría de ahora en adelante a un trabajo mas vivo en el Movimiento Espirita. Pretendía renovarse por dentro, reuniría ahora palabra y acción.

Para eso, se hallaba dispuesto a colaborar sustancialmente en la construcción de un hogar destinado a la recuperación de niños desamparados que, desde hacia tiempo, deseaba socorrer.

La experiencia de aquella noche inolvidable era, con certeza, un aviso precioso. Y, sonriente, se despidió de los hermanos de ideal, solicitándolas un nuevo reencuentro para el día siguiente. Esperaba sentar las bases de la obra que se proponía Llevar a afecto.

Pero, la siguiente noche, cuando los amigos le tocaron a la puerta; Juan Mateo estaba muerto, víctima de un accidente de las coronarias.

EL REMEDIO OBJETIVO

Isidoro Viana, colaborador, en los servicios de caridad cristiana, no obstante la devoción con la que se había entregado a los principios evangélicos, se torturaba infinitamente, ante los golpes de la crítica.

En las sesiones del grupo, vivía quejándose constantemente.

Tan pronto se incorporaba Policarpo, el benefactor espiritual que dirigía la casa, intervenía Isidoro reclamando:

-¡Hermano Policarpo, estoy exhausto! ¿Qué me aconseja? El mal juicio me ahoga. Si cumplo mis obligaciones, me llaman adulator; si me aparto del deber durante algunos minutos, me acusan de perezoso. Si tomo la iniciativa del bien, me declaran apresurado y, si aguardo la cooperación de alguien, me clasifican de tardío. ¿Qué hacer?

El mentor desencarnado le daba vueltas al problema, con delicadeza y acababa aseverando:

-El plano terrestre, mi amigo, aun es de enormes contrastes. La luz es combatida por las sombras, el mal por el bien. La hostilidad que la ignorancia nos muestra favorece el trabajo general de esclarecimiento. Tengamos calma y Prosigamos al servicio de Nuestro Señor, que nos ayudo hasta la cruz.

El compañero lloriqueaba y en la próxima reunión volvía a pedir:

-Hermano Policarpo, ¿quo intentar en favor de la armonía? Mi buena voluntad es enorme, pero, ¿cómo proceder ante los adversarios gratuitos? La compañía de esa gente es insoportable. No consigo caminar en paz. Si rindo culto a la gentileza abriendo el espíritu a la ternura de los amigos, dicen que soy un explotador de la confianza ajena y si busco aislarme, atento a los compromisos que asumí, afirman que no paso de ser un orgulloso y mal hermano.

El protector respondía, tolerante:

-La tarea mi amigo, es así mismo. Quien conoce a Jesús debe disculpar la liviandad de aquellos que aún no Lo conocen. Por otra parte, la obra de evangelización de las almas demanda paciencia y perdón, con sacrificio de nosotros mismos. Si no nos disponemos a sufrir, de algún modo, por la causa

del bien victorioso, ¿quién nos librara del mal? Tengamos suficiente valor e imitemos el ejemplo de suprema renuncia del Maestro.

Isidoro gemía, concordando forzado; sin embargo, a la semana siguiente, volvía a preguntar de nuevo:

-Hermano Policarpo, ¿qué será de mí? La opinión del mundo es un obstáculo insuperable. No aguanto más. En todo la censura castiga. Si doy recursos materiales, contribuyendo en las obras de compasión fraternal, soy señalado como vanidoso con manía de ostentación, y, si procuro retraerme, de alguna suerte, gritan por ahí que tengo un corazón empedernido y gangrenoso. La incomprensión es para enloquecer. ¿Cómo actuar?

El amigo generoso le contestaba sereno:

-Semejantes conflictos son circunstancias de la lucha santificante. Quien mucho habla aprenderá, mas tarde, a callarse... No se apegue alas desarmonías ajenas. Únase al bien y acompañe las sugerencias más nobles. Mientras la imperfección domine las almas, la crítica será un estilete afilado convocándonos a la demostración de las más altas virtudes. Coloque su mente y su corazón en la Voluntad del Señor y camine hacia adelante. Los arboles secos o estériles jamás reciben pedradas. No tienen frutos que tienten a los que pasan. Avancemos con valor en el trabajo cristiano.

Isidoro se lamentaba y el asunto se transfería para la siguiente reunión.

De semana en semana, el aprendiz llorón multiplicaba sus preguntas, hasta que, cierta noche, enfadado tal vez con los incesantes ruegos a la serenidad, que el instructor le proponía, exclamo, desesperado:

-Lo que yo deseo, hermano Policarpo, es una orientación decisiva contra los ataques indebidos. ¿Qué medida adoptar para que no seamos perturbados? ¿Cómo anular la reprobación desalentadora? ¿Por qué proceso nos libramos de ella? ¿Cómo sustraernos a las sátiras, a la corrupción y a la maldad?

El benefactor espiritual sonrió, magnánimo, y afirmo: -¡Ah! ya se... Usted pide un remedio objetivo... -¡Eso mismo!- contesto Isidoro, ansioso:

-Pues bien- concluyo el amigo espiritual, benevolente, -la única medida aconsejable es la parálisis de la conciencia. Tome medio kilo de anestésicos por día, descanse el cuerpo en poltronas y lechos, duerma el resto de la existencia, despreocúpese de todos los deberes, huya a la aspiración de elevarse, resígnese a su propia ignorancia y péguese a ella tanto como la ostra

se agarra a la roca, y, desde que usted se haga completamente inútil, por no hacer nada mas, la crítica se batirá en retirada. Pruebe y vera.

Isidoro escucho la extraña formula, con los ojos muy abiertos y, de ahí en adelante, comenzó a servir sin preguntar.

EL CAZADOR PROVIDENCIAL

Conversábamos acerca del sufrimiento, cuando el orientador hindú que nos acompañaba contó con simplicidad infantil:

-El ángel de la Liberación descendió del Paraíso a este mundo, posándose en una colina verdeante, a poca distancia del mar.

Se aproximaron a él, un mirlo, un buitre, una tortuga y una mariposa.

Reconociendo que esa era la asamblea con la que podía contar para la revelación que traía, el iluminado peregrino comenzó, allí mismo, a exaltar las virtudes de lo Alto, invitándolos a la Vida Superior.

Con frases convincentes, esclareció que el mirlo, elevado a las cimas de la luz, se transformaría en una paloma blanca, que el buitre sería metamorfoseado en un ave celestial, que la tortuga recibiría nueva forma, suave y liviana, con la que le sería posible planear por la inmensidad azul y la mariposa se convertiría en una estrella luminosa...

Los oyentes escucharon las promesas con emoción; no obstante, cuando el silencio volvió a reinar, el mirlo alegó:

-¡Ángel bueno, excúseme! Un nido me espera en la arboleda... Mis pichones no entenderían mi ausencia...

-Y se alejó, rápidamente.

El buitre confesó con tono enigmático:

-Es conmovedora vuestra descripción del Piano Divino, pero, poseo valiosos intereses en el mundo. Preciso volar...

Y partió, batiendo las alas, con el fin de arrojar sobre la carroña próxima.

La tortuga se movió lentamente y explico:

-Quisiera seguiros, abandonando la cárcel bajo la cual me arrastro por el suelo, sin embargo, tengo mis huevos en la playa...

Y regresó, con pachorra, a su propio hábitat.

La mariposa se acercó al predicador de las bienaventuranzas y dijo, con delicadeza:

-Santo, no puedo viajar con usted. Vivo en un tronco florido y mis parientes no me disculparían la fuga.

Y volvió a la frescura del bosque.

El Ángel, que no podía violentarlos, marchó, solo, hacia adelante...

Entretanto, la mariposa, cuando apenas había avanzado algunos metros, de regreso a casa, se vio enfrentada por un hábil cazador que deseaba sus brillantes alas.

Luego de una larga resistencia, intentó alcanzar el árbol en que residía, pero, cuando era perseguida, presencié la muerte de algunos de sus familiares que reposaban en él. Llorosa, busco refugiarse en una vieja cueva, donde fue fácilmente desalojada por el implacable verdugo. Ensayó, en balde, esconderse entre viejos barcos olvidados en la arena... Todo en vano, porque el hombre tenaz era astuto y sabía frustrarle todas las tentativas de defensa, armándole celadas cada vez más inquietantes.

Cuando la pobre víctima se sintió flaquear, se recordó del Ángel de la Liberación y voló a su encuentro.

El mensajero divino la recibió, contento, y, ofreciéndole asilo en sus brazos, le garantizó la salvación.

El narrador hizo una pequeña pausa y consideró:

-El sufrimiento es así, como un cazador providencial en nuestras experiencias. Sin él, la Humanidad no se elevaría a la renovación y al progreso. Quien se acomoda con los planos inferiores, difícilmente consigue entrever la Vida Más Elevada sin el concurso del dolor. Sepamos, así, tolerar la aflicción y aprovecharla. Cuando la criatura se ve en la condición de la mariposa afligida y desajustada, aprende a recibir, en la Tierra, el socorro del Cielo.

Se calló el mentor sabio, y, como nadie comentase el hermoso apólogo, pasamos todos a reflexionar.

PARÁBOLA SIMPLE

Diversos aprendices rodeaban al Señor, en Cafarnaúm, en una vehemente discusión, con respecto al poder de la palabra, destacándole lo bueno y lo malo.

Algunos proponían el verbo contundente para la regeneración del mundo, mientras que otros preconizaban la frase dulce y comprensiva.

Observando un tono de amargura en los compañeros irritadizos, el Maestro interfirió y les contó una parábola simple.

-En cierta fecha-narró con dulzura-el Genio del Bien, atendiendo la oración de un labrador de vida sencilla, emitió un rayo de luz y lo insufló sobre su corazón, en forma de una pequeña observación cariñosa y estimulante, a través de una boca optimista. En el pecho del modesto campesino, la centella se acentuó, inflamándole los sentimientos más elevados en una llama sublime de ideal del bien, desparramándose para todas las personas que poblaban la comarca.

En poco tiempo, el pequeño rayo de luz era una fuente de claridad que creaba servicio edificante en todos los lugares del bendito lugar; bajo su actuación permanente, los trigales crecieron con promesas más amplias y la viña, robusta anunciaba abundancia y alegría.

Se convirtió el rayo de luz en esperanza y felicidad en el alma de los labradores y la mies bien provista avanza, triunfal, del campo venturoso para todas las regiones que la rodeaban, bajo la forma de un mensaje sublime de paz y abundancia.

Mucha gente acudió a aquel lugar risueño y sereno, intentando aprender la ciencia de la producción fácil y primorosa y condujo a las zonas más distantes los procesos pacíficos de esfuerzo y colaboración, que la lumbre de la buena voluntad allí instalara en el ánimo general.

Al fin de algunos pocos años, el rayo de luz se transformo en una época de cosechas saludables para la tranquilidad popular.

El Maestro hizo un ligero intervalo y continuó:

Pero, vino un día en el que el pueblo afortunado, enorgulleciéndose ahora, del poderío obtenido con el auxilio oculto, se olvidó de la gratitud que debía a la magnanimidad celestial y pretendió humillar a una nación vecina. Eso bastó para que una gran brecha se abriese a la influencia del Genio del Mal, que emitió un estilete de sombra sobre el corazón de una pobre mujer del pueblo, por intermedio de una boca maldiciente.

La infortunada criatura no sintió más la claridad interior de la armonía y dejó que el trazo de sombra se multiplicase indefinidamente en su corazón de madre ennegrecida... Inmediatamente, despejó su provisión de sombras, ya desbordante, en el alma de dos hijos que trabajaban en un extenso viñado y ambos, envenenados por pensamientos oscuros de rebeldía, fácilmente encontraron compañeros dispuestos para absorberles las espinas invisibles de indisciplina y maldad, incendiando vasta propiedad y empobreciendo a varios señores de rebaños y tierras, antes prósperos.

La perversa iniciativa encontró varios imitadores y, en corto tiempo, se establecieron estériles conflictos en todo el reino.

Administradores y siervos se entregaron, desvariados, a duelo mortal, trayendo el dominio de la miseria que pasó a imperar, detestada y cruel para todos.

El Divino Amigo guardó silencio por largos minutos y añadió:

-En esta parábola humilde, tenemos el símbolo de la palabra preciosa y de la palabra infeliz. Una frase de incentivo y bondad es un rayo de luz, susceptible de levantar a una nación entera, pero una sentencia perturbadora puede transportar a todo un pueblo a la ruina...

Pensó, pensó y concluyó:

-Estemos seguros que si la luz devora las distancias, iluminando todo lo que se ofrece al paisaje, la sombra rueda también, ennegreciendo lo que va encontrando. En verdad, la acción es de los brazos, pero la dirección viene siempre del pensamiento, a través de la lengua. Y siendo todo hombre hijo de Dios y heredero de Él, en la creación y en la extensión de la vida, oiga quien tenga "oídos para oír".

COSECHA DE ODIO

-¡No! ¡No te quiero en mis brazos!- decía la joven madre, a quien la Ley del Señor confiriera la dulce misión de la maternidad, al hijo que le florecía en el seno, -¡No me robaras la belleza! Significas trabajo, renuncia, sufrimiento...

-¡Madre, déjame vivir!...- le suplicaba la criatura en el santuario de la conciencia -¡estamos juntos! ¡Dame la bendición del cuerpo! Debo luchar y regenerarme. Sorberé contigo la taza de sudor y lagrimas, procurando redimirme... Nos complementaremos. Dame abrigo y te daré alegría. Seré el retoño de tu amor, tanto como tú serás para mí el árbol de luz, en cuyas ramas tejeré mi nido de paz y esperanza...

-No, no...

-¡No me abandones! -Te expulsare.

-¡Piedad, madre! -No ves que procedemos de lejos, alma con alma, corazón con corazón.

-¿Que importa el pasado? Veo en ti solamente al intruso, cuya presencia no pedí.

-¿Te olvidas, madre, que Dios nos reúne? ¡No me cierres la puerta!...

-Soy mujer y soy libre. Te sofocare antes de nacer. -compadécete de mí!...

-No puedo. Soy juventud y placer, eres perturbación y obstáculo.

-ayúdame!

-Auxiliarte sería cortar en mi propia carne. Disputo mi felicidad y mi figura femenina...

-¡Madre, ampárame! Procuero el servicio de mi restauración...

Día a día, se renovaba el dialogo sin palabras, y cuando el bebe intentaba venir a luz, le dice la madrecita ciega e infortunada, obligándolo a beber la hiel de la frustración:

-¡Vuelve a la sombra de dónde vienes! ¡Muere! ¡Muere!

-¡Madre, madre! ¡No me mates! ¡Protégeme! Déjame vivir...

-¡Nunca! -¡Socórreme! -No puedo.

Duramente repelido, cayó el pobre hijo en las sombras de la rebeldía y, en el ansia desesperada de preservar el cuerpo tierno, se agarró al corazón de ella, que se desorganizó, a la manera de un reloj descompuesto...

Entonces, ambos, en vez de continuar en la gracia de la vida, se precipitaron en el despenadero de la muerte.

Desprovistos del envoltorio carnal, se proyectaron al Espacio, gritando acusaciones recíprocas.

Pero se hallaban imantados uno al otro, por las cadenas magnéticas de pesados compromisos, arrastrándose por mucho tiempo, detestándose y recriminándose mutuamente...

La sementera de crueldad atrajera la cosecha de odio. Y la mies de odio les imponía un nefasto desequilibrio.

Años y años transcurrieron, sombríos e inquietantes, para los dos, hasta que, un día, caritativo Espíritu de mujer se recordó de ellos en sus oraciones de cariño y piedad, como ofreciéndoles su propio seno. Ambos respondieron hambrientos de consuelo y renovación, aceptando el generoso abrigo...

Envueltos por la caricia maternal, reposaron al fin. Dulce sueño les pacifico la mente adolorida.

Sin embargo, cuando despertaron de nuevo en la Tierra, traían el estigma del clamoroso débito en que se habían reunido, reapareciendo, entre los hombres, como dos almas apasionadas por la carne, disputando la misma envoltura física, en el triste fenómeno de un solo cuerpo, sustentando dos cabezas.

EL EXAMEN DE LA CARIDAD

En una populosa ciudad de Brasil, los tres amigos, Ribeiro, Pires y Martins, inspirados en el Espiritismo consolador, fundaron prestigioso núcleo doctrinario, exclusivamente consagrado a los estudios de la caridad cristiana.

Expresivo numero de compañeros se les agregaron al ideal y entidades amigas, a través de médiums devotos a la Causa, se revelaron con simpatías al trabajo que se proponían desenvolver, colaborando brillantemente para que la mejor comprensión del Evangelio reinase en grupo; entre ellas, sobresalía la benefactora Custodia, que tomo para sí el encargo maternal de orientar a los tres compañeros que habían entrelazado esperanzas y aspiraciones, en torno a la virtud redentora.

La hermana Custodia ensayaba las más bellas tareas verbales, en la condición de iluminada instructora; y Ribeiro, Pires y Martins completaban la obra, profiriendo comentarios luminosos, junto a la comunidad acogedora.

Libros edificantes eran interpretados con inimitable brillo.

La protectora invisible de los trabajadores encarnados se llenaba de júbilo y felicidad. Nos explicaba, radiante, que encontrara, finalmente, una sementera promisor, que le daba derecho a la más amplia expectativa. La caridad, allí, seria, en breve tiempo, árbol bendito y frondoso, resultando en fuente para los sedientos mesa abundante para los hambrientos y refugio tranquilo para los sufridores.

Conferencias evangélicas se multiplicaban en admirables torneos oratorios.

Se convirtió la casa en floración preciosa.

Cada hermano en la fe, amparándose, sobretodo, en las convicciones de los tres fundadores, incansables en las charlas reconfortantes, era portador de observaciones fraternales y convincentes.

Innumerables estudiosos visitaron, con éxtasis, aquel reducto iluminado y, al despedirse, casi siempre tenían lágrimas copiosas, ante la emoción recogida en los discursos sublimes.

Autores como Richet, Delanne y Crookes, inclinados a las investigaciones científicas, cuando era leído en semejante parlamento de amor, sonaban de manera extraña, porque, en el fondo, la institución era un templo exclusivamente dedicado a la evangelización salvadora.

Avecinándose el decimo aniversario de la instalación, Custodia, la benefactora, pidió que se hiciesen oraciones conmemorativas especiales.

Las irradiaciones de la caridad de lo Alto visitarían a los tres pilares humanos de aquella obra divina y, por eso, invitaba al trió a solemnizar el acontecimiento con palabras de adoración al Maestro de los maestros.

Ribeiro, Pires y Martins estaban radiantes de alegría.

Combinaron pronunciar tres discursos diferentes, en el día indicado. Uno de ellos hablaría sobre el tema "Caridad y Humanidad", el segundo discurriría sobre "Caridad e iluminación" y el ultimo sobre "Caridad y Armonía".

Llegada la noche de paz y luz, en el templo adornado de flores, la trinidad orientadora encantó a los oyentes con sus disertaciones renovadoras inspiradas.

Hubo oraciones conmovedoras mezcladas con lágrimas inestancables.

La mentora espiritual de la casa se comunicó, a través de conceptos constructivos y conmovedores, esclareciendo que, por haber reservado pequeña tarea para sí misma, durante las próximas horas, volvería al grupo la semana siguiente, de manera que pudiera apreciar los júbilos de las efemérides con deseable amplitud.

Y la notable sesión fue cerrada con patentes sensaciones de ventura en el espíritu colectivo.

Ribeiro, Pires y Martins, no cabían en sí de contentos, evitaron el tranvía, para entregarse mejor a la conversación íntima y larga en el retorno al ambiente domestico.

No habían caminado un kilómetro, cuando les salió al encuentro una señora de humilde expresión. No se le veían los rasgos fisonómicos, con suficiente nitidez, pero los pies calzados pobremente, la ropa modesta y limpia y el chal oscuro, le infundían venerable dignidad.

Los abordo, franca y reverente:

-¡Señores! ¡Ayudadme, en nombre de la caridad! Estoy solita y es más de media noche... Tengo trabajo urgente en el arrabal próximo, pero en la posición en la que me veo, soy desconocida en la ciudad.

Y en tono suplicante, añadió:

-¿Cuál de los tres me concederá albergue hasta la mañanita? Solamente hasta que nazca el Sol...

Los caballeros se miraron, asustadizos.

Ribeiro, con embarazo se manifestó, indeciso:

-Desgraciadamente no puedo. Mi mujer no comprendería.

Pires, envalentonado, añadió:

-Yo también siento dificultades. Sin duda, estoy presto practicar el bien; con todo, la señora, a pesar de ser acreedora de todo mi respeto, es mujer, y mis vecinos no me perdonarían, notando su presencia junto a mí...

Martins, por último, hablo, firme:

-Por mi parte nada puedo hacer. Realmente no soy un hombre sin hogar. Por eso mi familia, no entendería la concesión que la señora está pidiendo. Además, no es en sí razonable lo que solicita a una hora de estas... No me puedo arriesgar...

Un enorme silencio se abatió, allí, sobre los cuatro, pero Ribeiro se acordó de que cotizasen, ofreciéndole un lecho, por algunas horas, en un hotel barato. Cada cual ofreció cinco cruzeiros y la señora se alejó, con palabras de agradecimiento.

Pero, aconteció, que ni Ribeiro, ni Pires, ni Martins consiguieron reposar. Preocupados con el incidente se levantaron antes del amanecer, y se encontraron, infinitamente sorprendidos, a la puerta de la pensión modesta que habían indicado a la forastera. Algo les hería la conciencia y el corazón. Deseaban saber cómo había pasado la noche la señora que les dirigiera la palabra con tan grande confianza e intimidad. Sin embargo, no consiguieron la más mínima noticia, hasta que, en reunión de la semana siguiente, fiel a la promesa que formulara, Custodia apareció y, de muy buen humor, a través del médium, explico al trió asombrado:

-Sí, mis amigos, señora era yo misma. Con la gracia de Jesús, me materialice en plena calle, con el fin de examinar sus progresos en materia de caridad. Observe que, para ustedes, aun es muy difícil abrir la puerta del

hogar. Pero, si con diez años de estudio, pudieron desatar la bolsa y ceder quince cruzeiros me sentiré muy feliz si consiguieren abrir el corazón al verdadero amor fraternal, de aquí a cien años...

Sonrió, expresivamente, aunque un tanto desilusionada, y remato:

-Sí, lo esencial, es que no interrumpan, de ningún modo, el estudio y el trabajo en dirección a lo Alto... ¡No hay motivo para desanimarse!

Vamos a continuar.

ALABANZAS RECHAZADAS

Se cuenta en el plano espiritual que Vicente de Paul oficiaba en un templo aristocrático de Francia, en una ceremonia de gran gala, frente a ricos señores coloniales, capitanes de mar, guerreros condecorados, políticos ociosos y avarientos sórdidos, cuando, acierta altura de la solemnidad, se verificó frente al altar una inesperada alabanza pública.

Un viejo corsario se acercó a la sagrada mesa de la eucaristía y gritó, contrito:

-Señor, agradezco los navíos preciosos que colocaste en mi ruta. Mis negocios están prósperos, gracias a ti, que me designaste buena presa. No permitas, ¡Oh Señor!, que el siervo fiel se pierda en la miseria. Te daré valiosos decimos. Erigiré una nueva iglesia en tu honor, y tomo a los presentes por testigos de mi voto espontaneo.

Otro devoto se adelantó y habló en voz alta:

-Señor, mi alma se estremece de júbilo por la herencia que enviaste a mi casa por la muerte de mi abuelo, que en otro tiempo, te sirvió gloriosamente en el campo de batalla. Ahora podemos, al fin, descansar bajo tu protección, olvidando el trabajo y la fatiga.

¡Sea alabado tu nombre para siempre!

Un caballero maduro, exhibiendo el rostro caprichosamente arrugado, agradeció:

-Maestro Divino, te traigo mi gratitud ardiente por la victoria en la demanda provincial. Yo sabía que tu bondad no me despreciaría. Gracias a tu poder, mis tierras fueron aumentadas. Construiré, por eso, un santuario en tu memoria bendita, para conmemorar el triunfo que me conferiste por justicia.

Emperifollada señora tomó posición y exclamó:

-Divino Salvador, con tu auxilio mis campos en la colonia distante están produciendo ahora satisfactoriamente. Agradezco los negros saludables y obedientes que me mandaste y, en señal de mi sincera contrición, cederé a tu iglesia buena parte de mis ganancias.

Un hombre viejo, de uniforme engalanado, se acercó al altar y clama con fuerte voz:

-A ti, Maestro de Infinita Bondad, mi regocijo por las gratificaciones con las que me hiciste participe. Mis latifundios proceden de tu bendición. Es verdad que para preservarlos sustente una lucha en la que muchos miserables fueron muertos, pero, ¿quién si no tu mismo colocaría la fuerza en mis manos para la defensa indispensable? De ahora en adelante, no necesitare pensar en el futuro... En la calma de mi poltrona, hare oraciones fervorosas, huyendo al inmundo intercambio con los pecadores. Para retribuirte, ¡Oh Eterno Redentor, hare edificar, en el burgo donde mi fortuna domina, un templo digno de tu invocación, recordando tus sacrificios en la cruz!

Los agradecimientos continuaban, cuando Vicente de Paul, asombrado, observó que la imagen del Nazareno adquiría vida y movimiento...

Estático, se vio frente al propio Señor, que descendió del altar florido, en llanto.

El abnegado sacerdote observó que Jesús se alejaba con paso rápido, empero, sintiéndose junto a él, cobro animo y le preguntó, igualmente en lágrimas:

-Señor, ¿por qué te apartas de nosotros?

La Celeste Amigo irguió hacia el clérigo la cara melancólica y explicó:

-Vicente, me siento avergonzado de recibir alabanzas de poderosos que desprecian a débiles, de hombres validos que no trabajan, de felices que abandonan a infortunados...

El interlocutor sensible nada mas oyó. Con el cerebro hecho un torbellino, se desmayó, allí mismo, ante la asamblea intrigada, siendo inmediatamente sustituido, y febril, deliró por algunos días, prisionero de visiones que nadie entendió.

Cuando se levantó de la incomprendida enfermedad, se vistió con la túnica de pobreza, trabajando incesantemente en la caridad, hasta el fin de sus días.

Entretanto, los adoradores del templo, continuaban agradeciendo los trofeos de sangre, oro y mentira, ante el mismo altar, y afirmaron que Vicente de Paul, enloquecido.

LA LECCIÓN DEL DISCERNIMIENTO

Terminada la escena brutal, en la que el pueblo pretendía lapidar a infeliz mujer, en la plaza pública, Pedro, que seguía al Señor, de cerca, lo interpelo, celosamente:

-Maestro, ¿disculpando los errores de las mujeres que huyen al ministerio del hogar, no estaremos ofreciendo apoyo a la depravación? ¿Abrir los brazos en el espectáculo deprimente que acabamos de ver, no será proteger al pecado?

Jesús medito, medito... y respondió:

-Simón, seremos siempre juzgados por la medida con que juzgamos a nuestros semejantes.

-Si- clamo el apóstol, irritado, -comprendo la caridad que nos debe alejar de los juicios erróneos, ¿mas por ventura conseguiremos vivir sin discernir? ¿Una pecadora, traída al apedreamiento, no perturbara la tranquilidad de las familias? ¿No representara un cuadro de lodo para los niños y para los jóvenes? ¿No será una excitación a la práctica del mal?

Ante las duras interrogaciones, el Mesías observó, sereno:

-¿Quién podrá examinar ahora el acontecimiento, en toda su extensión? ¿Sabemos, acaso, cuantas lagrimas habrá vertido esa desventurada mujer, hasta la caída fatal en el gran infortunio? ¿Quien le habrá dado a ese pobre corazón femenino, el primer impulso para el despenadero? ¿Y quién sabe, Pedro, si esa desdichada hermana, habrá sido arrastrada a la locura atendiendo a desesperadas necesidades?

No obstante, el discípulo, con el propósito de exaltar la justicia, añadió:

-De cualquier modo, la corrección es un inaplazable imperativo. Si ella nos merece compasión y bondad, hay entonces en otros sectores, el culpable o los culpables que precisamos castigar. ¿Quién habrá provocado la escena desagradable a la que asistimos? Generalmente, las mujeres de esa calaña son reservadas y huyen a la multitud... ¿Qué motivos habrán traído a esa infeliz al clamor de la plaza?

Jesús sonrió, complacido, y volvió a decir:

-¿Quién sabe si la pobrecita, andaría en búsqueda de asistencia?

El pescador de Cafarnaúm afirmo, contrariado:

-El responsable debía expiar semejante delito. Estoy en contra del desorden y de la gritería que presenciamos, estoy convencido que la cárcel y los azotes deberían funcionar...

En ese punto de conversación, una vieja mendiga que oía la charla, y que iba caminando lentamente, casi junto a ellos, exclamo a Simón, sorprendido:

-¡Galileo bondadoso, heredero de la fe victoriosa de nuestros padres, gracias sean dadas a Dios, nuestro Poderoso Señor! La mujer apedreada es hija de mi hermana paralitica y ciega. Moramos en las vecindades y veníamos al Mercado en busca de alimento. Nos acercábamos aquí, cuando fuimos asaltadas por un rapaz, que, después de ser repelido por ella, en lucha cuerpo a cuerpo, salió a sentarla al pueblo para que fuera lapidada, simplemente porque mi infeliz sobrina, digna de mejor suerte, no ha llevado hasta hoy una vida regular... Ambas estamos heridas y, con dificultad, volveremos a casa... ¡Si es posible, galileo generoso, restablece la verdad y haz justicia!

-¿Y dónde está el miserable?- grito Simón, enérgico, ante el Maestro, que lo seguía, bondadoso.

-¡Allí!...!allí!...- informo la viejita, con el júbilo de un niño reconducido repentinamente a la alegría. Y señalo hacia una casa de peregrinos, para donde el apóstol se dirigió, acompañado de Jesús que lo observaba, sereno.

Por detrás de una antigua puerta, se esconda un hombre trémulo de vergüenza.

Pedro avanzo con los puños cerrados, pero, en breves segundos, se detuvo, pálido y abatido.

El autor de la triste escena, era Efraín, hijo de Jafar, pupilo de su suegra y comensal de su propia mesa.

Siguiera al Mesías con piadosa actitud, pero Pedro bien reconocía ahora, que el hermano adoptivo de su mujer guardaba diferentes intenciones.

Angustiado, con lágrimas de cólera y amargura, Simón se adelanto hacia Cristo, como un niño necesitado de protección, y grito:

-¡Maestro, Maestro!... ¿Qué hacer?...

Pero Jesús, lo acogió amorosamente en los brazos y murmuro:

-Pedro, no juzguemos para, que no seamos juzgados. Entretanto, aprendamos a discernir.

EL ENIGMA DE LA OBSESIÓN

Comentábamos en círculo íntimo el inquietante enigma de la obsesión en la Tierra, alienando observaciones y comentarios.

¿Por qué motivo se empeñan criaturas encarnadas y desencarnadas en terribles duelos en el santuario mental? Que la victima arrancada al cuerpo, en reciente delito, prosiga imantada al criminal, cuando la tiniebla de la ignorancia le sitúa el espíritu a distancia del perdón, es comprensible, pero ¿cómo interpretar los procesos de metódica persecución en el tiempo? ¿Cómo entender el odio de ciertas entidades, en torno a niños y jóvenes, a enfermos y ancianitos? ¿Por qué la ofensiva persistente de los genios perversos, a través de incesantes y numerosas reencarnaciones?

En el mundo, los asalariados del mal se comprometen alrededor de oscuros objetivos...

Hay quien se rinde a las tentaciones de dinero, del poder político, de las honras sociales y de los placeres subalternos, pero, ¿alrededor de que razones luchan las almas desligadas de la carne si para ellas semejantes valores convencionales de posesión ya no existen más?

Larga serie de "porque" nos prendían la imaginación, cuando Menes, un anciano de nuestro grupo, muy optimista, a la manera de un cariñoso abuelo, hablo de buen humor:

-A propósito del asunto, les contare a ustedes un apólogo que nos puede conferir alguna idea acerca de nuestro inmenso atraso moral.

Y, tranquilo, narró:

-En épocas remotas, en una ciudad que los siglos ya consumieron, los bueyes sintieron que también eran criaturas hechas por nuestro Padre Celestial, no obstante ser inferiores a los hombres. Sintiendo esa verdad, comenzaron a observar la crueldad con que eran tratados. El hombre que, por la corona de inteligencia, debía de protegerlos y educarlos, se valía de ellos para ingratos servicios de tracción, bajo sucesivos golpes de agujones y látigos. No contentándose con esa forma de explotación, les esclavizaba a las compañeras, hurtándoles la leche de sus propios hijos, reservando a la familia

y a ellos mismos horrible destino en el matadero. Si algunos de ellos titubeaban en el trabajo común, sufriendo con la tuberculosis o con la hepatitis, eran, de inmediato, encaminados a la muerte y nadie les respetaba el martirio final. Muchas personas compraban sus vísceras cadavéricas aun calientes, tostándolas al fuego para churrascos alegres, mientras otros les sumergían los pedazos sangrientos en calderos con agua caliente, convirtiéndolos en sabrosos guisos para las bocas hambrientas. No conseguían ni siquiera el derecho a la paz del túmulo, porque eran sepultados, aquí y allí, en estómagos malolientes e insaciables. A pesar de trabajar exhaustivamente para el hombre, no conseguían la mínima recompensa, pues, luego de ser abatidos, eran despojados de sus cuernos y hasta de sus propios huesos, para el fortalecimiento de la industria... Tristes y afligidos, comenzaron a reclamar; pero, los hombres, aunque portadores de bellas virtudes potenciales, recelaban vivir sin el cautiverio de los bueyes.

¿Cómo enfrentarían, solos, las duras tareas del arado? ¿Cómo sustentarían la casa sin la leche? ¿Cómo garantizarían la tranquilidad del cuerpo sin la carne confortadora de los seres bovinos? El pedido era simpático, pero los animales se mostraban tan brillantes y tan tentadores que nadie se arriesgaba a la solución del problema. Después de numerosas suplicas sin respuestas, las víctimas de la voracidad humana recurrieron a los jueces; entretanto, los magistrados cultivaban igualmente la pasión por el bistec y por el chorizo y no sabían servir a la Justicia, sin las utilidades de la leche y del cuero de los animales. Así, el impase permaneció sin alteraciones y cualquier toro más arrojado que se refiriese al asunto, al destacarse de la servidumbre en que se mantenía el rebaño, era apedreado, agredido y conducido, irremediabilmente, al matadero...

El venerable amigo hizo una larga pausa y añadió:

-Esa es la lucha de muchos siglos entre encarnados y desencarnados que se consagran en el vampirismo. Sin ninguna habilitación para la vida normal, fuera del cuerpo físico, temen la grandeza del Universo y retroceden llenos de pavor, ante la gloria del Espacio Infinito, procurando la intimidad con los hermanos envueltos aun en la carne, cuyas energías constituyen preciso alimento a su ilusión. Es de ese modo que las enfermedades del cuerpo y del alma se esparcen en los más diversos climas. Los hombres, que se juzgan

distantes de la armonía orgánica sin sacrificio de los animales, son confrontados por genios invisibles que se creen incapaces de vivir sin el concurso de ellos. El enigma de la obsesión, en el fondo, es un problema educativo. Cuando el hombre cumpla en si mismo las leyes superiores de bondad a las que teóricamente se aficiona, dejara de ser un flagelo para la Naturaleza, convirtiéndose en un ejemplo de sublimación para las entidades inferiores que tú buscas... Entonces, la conciencia particular se inflamara en la luz de la conciencia cósmica y los tristes espectáculos de obsesión reciproca desaparecerían de a Tierra... Hasta allá concluyó, sonriendo, reclamar contra la actuación de los Espíritus delincuentes, conservando en si mismo cualidades tal vez peores que las de ellos, es arriesgarse, como los bueyes, a la desilusión, y al apaleamiento. El imam que atrae al hierro no atrae la Luz. Quien devora a los animales, incorporándoles las propiedades a su patrimonio orgánico, debe ser apetitosa presa de los seres que se animalizan. Los semejantes procuran a los semejantes. Esta es la Ley.

Se alejo Menes, con la serenidad y la sonrisa de los sabios, y nuestra asamblea, antes excitada y habladora, se cayó, de repente, con el fin de pensar.

EL COMPAÑERO DE LOS ÁNGELES

Cuando Benjamín Paixáo alcanzó las bodas de plata con la filosofía consoladora de los Espíritus, sufrió una indecible amargura,

Veinticinco años de casamiento con el Espiritismo Cristiano, y aún se reconocía imposibilitado de participar en los servicios.

A su modo de ver, fuera confrontado, en todas partes, por la incomprensión, por el desengaño y por la discordia.

Jamás pudo asentarse en ninguna agrupación.

Por esa razón, esa noche, en vez de ir para el club, según su viejo hábito, se dirigió a cierta institución en la que sobresalía la buena voluntad y la dedicación de Melásio, venerado guía espiritual.

Después de la oración de apertura de los trabajos y cuando el abnegado amigo invisible pasó a dirigir la asamblea, por intermedio de tina señora, Benjamín exclamó con voz súplica:

—Melásio, la fecha de hoy señala el vigésimo quinto aniversario de mi ingreso a la Doctrina. ¡Servicial hermano, oriénteme, enséñeme! ¿Dónde encontraré la comunidad que se afine conmigo? ¿Dónde están aquéllos con los cuales debo realizar la tarea que me corresponde?

La entidad benevolente meditó algunos minutos y afirmó, sin ninguna señal de reprimenda:

—Veinticinco años de Espiritismo Evangélico, sin trabajo definido, es condición muy grave para el alma.

Y modificando el tono de voz, observó:

—Benjamín, algunos pasos más allá de su hogar, hay un templo de caridad...

Paixáo le interceptó la palabra y clamó:

—Ya sé. Es un puesto avanzado de personalismo en disidencias constantes. Entre los que enseñan y aprenden allí, no se cabe cuál es peor.

El guía reflexionó, por unos instantes, y atemperó:

—Entre sus amigos usted tiene a Pereira, que viene trabajando, con valor, en beneficio de un orfanato...

El interlocutor lo interrumpió, irreverente:

— ¡Ah! ¡Pereira! Nunca vi un hombre más agarrado al dinero. Es un avaro sórdido.

Melásio no se sintió aborrecido y se aventuró diciéndole:

—No sé si ya entró en contacto con los servicios de Doña Soledad, la estimada médium de la pobreza. Reside justamente en el camino de su vecindario.

Benjamín mostró un gesto de enfado y se desahogó:

—Doña Soledad mata la paciencia de cualquiera. Es una mujer despótica y arbitraria. No puedo entender su referencia.

El benefactor guardó silencio, unos momentos, y volvió a decir:

—El hermano Carvalho, su vecino, organizó interesantes actividades de curaciones para obsesionados. Quién sabe...

Empero Paixáo, alegó, irónico:

—Carvalho es un hombre de moral dudosa. Es así mismo increíble que no se sepa, en la vida espiritual, que él posee más de una familia.

El guía, sin embargo, consideró con la misma calma:

—La Señora Silva no lejos de su residencia viene protegiendo a los viejos de un asilo y...

—Aquella dama es un pozo de vanidad— atajó Benjamín intempestivo, —se atrincheró dentro de su propio "yo" y no acepta la cooperación de nadie.

El tolerante amigo ponderó entonces:

—En su trabajo, usted conoce a Ladera, que mantiene un valioso culto doméstico del Evangelio, junto al cual muchos enfermos encuentran alivio...

— ¿Ladeira?— gritó Paixáo, sarcástico —aquello es la petulancia en persona. Absorbió el Espiritismo todo. La Doctrina es él sólo.

Con envidiable bondad, el conductor de la reunión lo interrogó cristianamente:

— ¿Conoce usted las sesiones de Soares, en su barrio?

—Hace mucho tiempo— replicó, ácidamente, el descortés visitante. — Soares es un mal intencionado. Cuando los guías de la casa no aparecen, se dispone a sustituirlos, sin ningún escrúpulo. Vive de realizar constantes trapacerías, y su morada es un palacio, a costa de la ingenuidad ajena.

En ese punto del diálogo, Malasio entró en un profundo silencio, y, no creyéndose vencido por la argumentación, Benjamín volvió a pedir con la voz enternecedora:

– ¡Dedicado amigo, ayúdeme! ¡Necesito trabajar y progresar en la obra de la verdad y del bien. ¡No me niegue las directrices necesarias!...

Pero, el benefactor, aunque se mostrase sonriente, respondió, con inflexión de energía:

–Paixáo, le ofrecí a usted siete sugerencias de trabajo que fueron rechazadas. Según las enseñanzas que disponemos, el remedio se destina al enfermo y el socorro a aquéllos que lo reclaman por la posición de ignorancia o sufrimiento. El Espiritismo solicita el esfuerzo y el concurso de los hombres de buena voluntad y de entendimiento fraternal que se amparen los unos a los otros; entretanto, por lo que parece, usted es compañero de los ángeles y los ángeles, mi amigo, están muy distantes de nosotros. Es probable que podamos colaborar en el derrotero de acción para su Espíritu, pero es más razonable que usted nos busque cuando tenga dos alas.

EL HOMBRE QUE NO SE IRRITABA

Existió un rey, amigo de la sabiduría, que, después de gran trabajo para subyugar su naturaleza inferior, invitó a un filósofo para que lo socorriera en el perfeccionamiento de la palabra. Consiguiera indiscutible progreso en el arte de sublimarse. Se hiciera portador de primorosa cultura y, tanto en el ministerio público, como en la vida privada, se caracterizaba por grandes gestos de bondad e inteligencia. Hacía cuanto le era posible para ejercer ¡ajusticia, según los patrones de la recta conciencia, y demostraba firme cariño en la defensa y protección del pueblo, a través de reiteradas distribuciones de lana y trigo, con el fin de que las personas menos favorecidas por la fortuna no sufriesen frío o hambre. No sabía acumular tesoros exclusivamente para sí y, en razón de esto, obedeciendo a las virtudes sociales de las que se hiciera el ejemplo vivo, instituyó escuelas y asilos e incentivó la industria y la labranza, deseando que todos los súbditos, aun los más humildes, encontrasen acceso a la educación y a la prosperidad.

Pero en el círculo de las manifestaciones personales, el valeroso monarca se sentía atrasado e indeciso.

No sabía ocultar la cólera, no contenía la franqueza ruda y no vencía su mal humor.

Admirado y querido por las cualidades sublimes que pudiera fijar en la personalidad, sufría, no obstante, la amargura y la desconfianza de muchos que pasaron a temer sus frases contundentes.

Interesado como estaba en su mejoría, solicitó al filósofo que le acompañase en sus lides cotidianas.

Cuando se descontrolaba, cayendo en las amargas consecuencias del verbo impensado, el orientador observaba, con humildad:

—Poderoso señor, tenga paciencia y continúe trabajando en el perfeccionamiento de sus manifestaciones. La expresión serena y sabia revela grandeza interior que reclama tiempo para ser debidamente consolidada. Quien alcanza la ciencia de hablar, puede convivir con los ángeles, porque la palabra es, sin duda, la continuación de nosotros mismos.

El monarca no se conformaba y, en desesperación pasiva, se confiaba a riguroso silencio, que perjudicaba considerablemente los negocios del reino.

De semejante posición venía a sacarlo el filósofo, advirtiéndole, respetuoso:

—Amado soberano, la extrema quietud puede traducirse en traición a nuestros deberes. Con el pretexto de reformarnos espiritualmente, no es lícito despreciar nuestros compromisos con el progreso común. ¡Hable siempre y no desdeñe actuar! El verbo es la proyección del pensamiento creador.

El rey volvía a conversar, beneficiando al extenso dominio que le correspondía dirigir, pero le llegaba otro momento en que se perdía en la indignación excesiva, humillando e hiriendo a ministros y vasallos a los que desearía ayudar sinceramente.

Lamentándose, afligido, venía el filósofo consejero, afirmando, servicial:

—Gran soberano, tenga paciencia consigo mismo. El reajuste del alma no es obra para un día. Prosiga esforzándose. Toda realización pide el concurso bendito de las horas... El río dejaría de existir sin la congregación de las gotas... Guarde calma, mucha calma y no se desanime...

No obstante, el monarca descorazonado, después de una experiencia regular con el filósofo, lo destituyó de las funciones que ocupaba y expidió a dos emisarios a sus extensas provincias para que le trajesen al palacio a algún hombre incapaz de irritarse. Pretendía entrar en contacto con el espíritu más equilibrado de sus tierras, con el fin de orientarse mejor en el auto perfeccionamiento.

Los mensajeros iniciaron las investigaciones, pero se impacientaban desilusionados. El hombre que observaban ponderado en la vía pública era colérico en el hogar. Quién se revelaba gentil en la casa, acostumbraba encolerizarse en la calle. Algunos se mostraban distinguidos y agradables junto a la familia consanguínea, sin embargo, eran ácidos en el trato social. Diversos eran los que exhibían una hermosa máscara de serenidad con los extraños, no obstante, se dirigían a los de la casa con deplorable aspereza.

Después de treinta días de porfiada pesquisa, descubrieron, jubilosos, al hombre que nunca se exasperaba.

Lo siguieron, cuidadosamente, a todas partes.

Nunca hablaba alto y mantenía conmovedor silencio, en su domicilio y fuera de él.

Durante cuatro semanas fue examinado bajo atención vigilante, no perdiendo ni un punto en su conducta irreprochable.

Se dieron prisa los mensajeros en llevar la buena nueva al monarca, y el rey, satisfecho, convocó a los asesores y cortesanos de su casa para recibir al personaje admirable, con la dignidad que le era debida.

El vasallo venturoso fue traído a la presencia real, entretanto, cuando el soberano le dirigió la palabra, esperando encontrar a un ángel en el cuerpo de carne, verificó, bajo indecible asombro, que el hombre incapaz de irritarse era mudo.

Bajo el respeto manifiesto de todos, el rey sonrió, desilusionado, y mandó a buscar nuevamente al filósofo, resignándose a tener paciencia consigo mismo, a fin de aprender a conquistarse, poco a poco.

EN EL CAMINO DEL AMOR

En Jerusalén, en los alrededores del Templo, una mujer muy adornada encontró a un nazareno de ojos fascinantes, y lucidos, de cabellos delicados y melancólica sonrisa, y se fijó en él extrañamente.

Arrebatada por la onda de simpatía que se irradiaba de él, corrigió los dobleces de la túnica muy alba, puso en su mirada una indecible expresión de dulzura y, dejando percibir, en los movimientos del frágil cuerpo, la visible pasión que la poseyera súbitamente, se acercó al desconocido y le habló, susurrante:

—Joven, las flores de Séforis me llenaron el ánfora del corazón con deliciosos perfumes. Tengo la felicidad a tu disposición, en mi tienda de esencias finas...

Le indicó extensa villa, cercada de rosas, a la sombra de arboleda acogedora, y añadió:

—Innumerables peregrinos cansados me procuran en busca del reposo que reconforta. En mi primavera juvenil, encuentran el placer que representa la corona de la vida. Y es que ni el lirio del valle no tiene la caricia de mis brazos, ni la sabrosa granada posee la miel de mis labios. ¡Ven y ve! Te daré un lecho suave, tapetes dorados y vino embriagante... ¡Te acariciaré la frente abatida y te curaré el cansancio del largo viaje! ¡Descansarás tus pies en aguade nardos y oirás, feliz, las arpas y los laudes de mi jardín. Tengo a mi servicio músicos y danzarinas, ejercitados en ilustres palacios!...

Ante la incomprensible mudez del viajero, volvió a suplicar, después de una breve pausa:

—Joven, ¿por qué no respondes? Descubrí en tus ojos una llama diferente y procedo así porque te amo. Tengo sed de un afecto que me llene la vida. ¡Atiéndeme! ¡Atiéndeme!...

Él parecía no percibir la vibración febril con que semejantes palabras eran pronunciadas y, notándole la expresión fisonómica indefinible, la vendedora de esencias añadió un tanto contrariada:

— ¿No vendrás?

Constreñido con aquella fogosa mirada, el forastero apenas murmuró:
—Ahora, no. Quizás después, ¿quién sabe?!...

La mujer, adornada de afeites, sintiéndose despreciada, prorrumpió en sarcasmos y partió.

Transcurridos dos años, cuando Jesús levantaba paralíticos, al pie del Tanque de Betesda, venerable anciana le pidió socorro para una infeliz criatura, atenazada por el sufrimiento.

El Maestro la siguió, sin titubear.

En una casucha vieja, un cuerpo lleno de llagas exhalaba gemidos angustiosos.

La disputada vendedora de perfumes se encontraba allí carcomida de úlceras, con la piel ennegrecida y el rostro deforme. Heridas sanguinolentas le marcaban la carne, ahora semejante al estiércol de la tierra. A excepción de los ojos profundos e indagadores, nada más le restaba de la antigua femineidad. Era una sombra leprosa, a la que ninguno osaba aproximarse.

Miró al Maestro y lo reconoció.

Era el mismo mancebo nazareno, de porte sublime, y atrayente expresión.

Cristo le extendió los brazos, lleno de intraducible ternura y la invitó:

— ¡Ven a mí, tú que sufres! En la Casa de mi Padre, nunca se extingue la esperanza.

La interpelada quiso retroceder, conmovida y asombrada, pero no consiguió mover ni sus propios dedos, vencida de dolor.

Pero el Maestro, derrochando compasión, se postró fraternal, y la acarició, con mansedumbre...

La infeliz reunió todas las fuerzas que le quedaban, y preguntó, con voz vacilante y dolorida:

— ¿Tú?... ¿El Mesías nazareno?... ¡¿El Profeta que cura, reanima y alivia?!... ¿Qué viniste a hacer, junto a una mujer tan miserable como yo?

Él, sonrió benevolente, contestando apenas: —Ahora, vengo a satisfacer tus ruegos.

Y recordando las palabras del primer encuentro, acentuó, compasivo:

—Descubro en tus ojos una llama diferente y procedo así, porque te amo.

LA VISIÓN DIVINA

Muchos años oró cierta devota, implorando una visión del Señor.

Se mortificaba. Aflictivas penitencias le quebrantaban el cuerpo y el alma. Se ejercitaba no solamente en rigurosos ayunos. Se confiaba a un difícil adiestramiento espiritual y atesoraba en su íntimo preciosas virtudes cristianas. En verdad, la adoración la obligaba al alejamiento del mundo. Vivía segregada, casi sola. Pero la humildad pura le constituía una cristalina fuente de piedad. La oración se le convirtió, en la vida; en una luz encendida. Renunció a las posesiones humanas. Se alimentaba mal. De la amplia ventana de su alto aposento, convertido en oratorio, contemplaba la amplitud celeste, entre oraciones y evocaciones. Muchas veces notaba que un fuerte rumor de voces venía de abajo, de la vía pública. Sin embargo, no se detenía en las intrigas de los hombres. Le agradaba cultivar la fe sin mácula, hambrienta de integración con el Divino Amor.

En muchas ocasiones, con los ojos bañados de lágrimas, inquiría, suplicando a lo Alto:

—Maestro, ¿cuándo vendrás?

Terminado el sublime coloquio, volvía a los quehaceres domésticos. Sabía consagrarse al bien de las personas que le eran queridas. Cariñosamente distribuía el agua y el pan a la mesa. Enseguida, se entregaba a la edificante lectura de las páginas seráficas. Meditaba en el ejemplo de los santos y les pedía fuerzas para conducir su propia alma al Divino Amigo.

Millares de días le alargaron la expectativa.

Enormes arrugas le marcaban, ahora, el rostro. La cabellera, antes vasta y negra, comenzaba a encarnecer.

Con los ojos posados en el firmamento, meditaba siempre, aguardando la Visita Celestial.

Cierta mañana asoleada, conteniendo la emoción, vio que un punto luminoso se formaba en el Espacio, creciendo... creciendo... hasta que se transformó en la excelsa figura del Benefactor Eterno.

El Inolvidable Amado como que venía a su encuentro.

¿Qué preciosa gracia le haría el Salvador? ¿La arrebataría al paraíso? ¿La enriquecería con el milagro de santas revelaciones?

Extática, balbuceando conmovedora súplica, observó que el Maestro pasó junto a ella, como si no percibiese su presencia. Entre la desilusión y la admiración, vio que Jesús se parara más adelante, en la intimidad con caminantes distraídos.

Inmediatamente, conteniendo con dificultad el corazón en el pecho, descendió hasta la calle, y deslumbrada, se acercó a Él y rogó, arrodillándose:

— ¡Señor, dignate recibirme como esclava fiel!... ¡Muéstrame tu voluntad! ¡Mándame y obedeceré!...

El Embajador Divino le acarició los cabellos salpicados de nieve y respondió:

El Maestro desapareció en la neblina revoloteante...

Con el alma renovada, aguardó el momento de servir. Y, cuando la infortunada madre apareció, abrazando a un angelito enfermo, la sierva de Cristo la socorrió, rápidamente, con la alimentación adecuada y ropa acogedora.

Desde entonces, la devota transformada, no esperó más por Jesús, inmóvil y celosa, en la ventana de su amplio aposento. Después de una corta oración, descendía al trabajo con la multitud desconocida, en la ejecución de tareas aparentemente sin importancia, fuese para lavar la herida de un transeúnte, para socorrer a una criatura enferma, o para llevar una palabra de ánimo y consuelo.

Y procediendo así, radiante, volvió a ver, muchas veces, al Señor que le sonreía agradecido...

IDEAS

Octavio Pereira, antiguo orientador de la siembra evangélica, presidía simpática asociación espiritista. Cierta fecha, violenta reacción le asaltó la dirección pacífica y productiva.

-Aquellas directrices estancadas criticaban algunos no servían.

-Era necesario crear vida nueva, dentro de la institución, proyectándola más allá de las cuatro paredes pontificaban otros,

-Octavio es un orientador anticuado- aseveraban muchos y vive circunscrito a oraciones, pases, comentarios religiosos y sesiones invariables.

Sorprendido, pero sereno, Pereira tomó medidas para la realización de una asamblea, donde los compañeros pudiesen opinar libremente.

Concordaba con los méritos del movimiento y él mismo repetía bondadoso y humilde sería el primero en colaborar en la renovación imprescindible.

Constituida la gran reunión, el viejo conductor asumió la presidencia de los trabajos y abrió el debate franco, rogando a los amigos que expusiesen las ideas de las cuales se hacían portadores.

El primero en hablar fue el Señor Fonseca que, enjugándose constantemente el sudor de la amplia frente, expuso el plan para un orfanato modelo, a través del cual la agremiación pudiese influir en el ánimo del pueblo.

Terminada la vehemente y florida explicación, Pereira indagó, sin afectación, si el autor de la idea estaba dispuesto a dirigir la realización, pero Fonseca afirmó, sin preámbulos, que no contaba con tiempo para eso. Era empleado una compañía de seguros, y ocho bocas, en su casa, aguardaban de él, el pan de cada día.

Enseguida, se levantó Doña Malvina y habló larga-mente sobre la conveniencia de que fundaran una escuela, a la altura moral de la casa, con sectores de alfabetización y enseñanza profesional.

Sin embargo, interpelada por el orientador, en cuanto al empeño de su responsabilidad femenina en la empresa, exclamó, rápidamente:

– ¡Oh! ¿Yo? ¡Qué gracia! Tengo ideas, pero no tengo fuerzas... ¡Soy una pecadora, un Espíritu delincuente! No tengo capacidad para ayudar a nadie.

De inmediato toma la palabra el Señor Fernández, que encareció la edificación de un departamento para la cura de obsesados; pero, cuando Pereira le pidió que aceptase la orientación, Fernández explicó, desilusionado:

–La idea es mía, pero yo no dije que puedo ejecutarla. Estoy excesivamente débil y, más allá de eso, me siento incapaz. Soy un enfermo, y hace mucho tiempo estoy de pie, en razón del socorro de la Misericordia Divina.

Mal había terminado, se levantó el hermano Ferreira, que recordó la organización de un trabajo metódico de asistencia a los enfermos y necesitados, con una persona responsable y abnegada al frente de la iniciativa.

Pero cuando fue consultado por el mentor de la institución sobre las probabilidades de su actuación personal en el hecho en perspectiva, Ferreira informó, sin detenerse:

–Mi idea resultó de una inspiración de lo Alto, entretanto, soy portador de un pesado karma. Tengo que res-catar muchos crímenes de otras encarnaciones. No puedo, no tengo merecimiento.

Y, de cerebro en cerebro, las ideas pululaban, sublimes y llenas de color, entusiastas y fascinantes, pero, de boca en boca, las confesiones de ineficiencia se sucedían, de muchas formas.

Algunos se revelaban enfermos, otros cansados, muchos se declaraban absortos por las inquietudes domésticas y no pocos se decían dominados por monstruosas imperfecciones.

La asamblea parecía traer fuego en el raciocinio, e hielo en el sentimiento.

Cuando los trabajos alcanzaron la fase final, después de largas conversaciones, sin provecho, Pereira, sonriendo, comentó brevemente:

–Mis hermanos, sin duda nuestra casa necesita movilizarse, avanzar y progresar; mientras tanto, ¿cómo podrá el cuerpo adelantarse, cuando las manos y los pies se muestran inertes? Todos poseemos ideas fulgurantes y providenciales, pero ¿dónde está nuestro coraje para materializarlas? Cuando los miembros se demoran parálíticos, el pensamiento no hace otra cosa sino imaginar, orar, vigilar y esperar... Soy el primero en reconocer el imperativo

de nuestra expansión, hacia afuera, al gran mundo de las conciencias, no obstante, hasta que seamos un conjunto armonioso de piezas vivas, en la máquina de la caridad y de la educación, como vehículos irreprehensibles del bien, no dispongo de otro remedio sino aguardar al futuro, en el Espiritismo de las cuatro paredes...

Y ante la extraña melancolía que dominó la sala, se apagó el brillo centellante de las ideas, bajo el rocío de las lágrimas con las que Pereira cerró la sesión.

EL ENCUENTRO DIVINO

Cuando el caballero D'Arsonval, valeroso señor en Francia, se ausentó de su domicilio medieval, por primera vez, con la armadura refulgiendo al Sol, se dirigía a Italia para resolver urgente cuestión política.

Eminente cristiano, traía consigo un propósito central: servir al Señor, fielmente, para encontrarlo.

No lejos de sus puertas, vio surgir, inesperadamente, aun mendigo ulceroso que le extendía las manos descarnadas y suplicantes.

¿Quién sería semejante infeliz que vagaba sin rumbo?

Le preocupaba un servicio demasiado importante, y, sin dignarse a mirarlo, le lanzó la bolsa llena.

El noble caballero retornó al hogar y más tarde, menos afortunado en los negocios, dejó de nuevo la casa.

Iba para España, con una misión de prelados amigos, a los cuales se consagraba.

En el mismo lugar, se apostaba el infortunado pedigüeño, con los brazos en rogativa.

El hidalgo, intrigado, revolvió su gran saco de viaje y retiró de él un pequeño brillante, lanzándoselo al triste caminante que parecía devorarlo con la mirada.

No tardó mucho tiempo y el castellano, poco feliz en el círculo de las finanzas, necesitó viajar a Inglaterra, donde pretendía solucionar varios problemas, alusivos a la organización doméstica.

En el mismo lugar, es sorprendido por el amargado leproso, cuya vieja petición se yergue en el aire.

El caballero arranca del abrigo una estimada joya de gran valor y la proyectó sobre el conocido caminante, orgullosamente.

Transcurridos algunos meses, el patrón feudal se moviliza en dirección a un puerto distante, en busca de un valioso préstamo, destinado a su propia economía, amenazada de colapso fatal, y, en el mismo sitio, con rigurosa

precisión, es interpelado por el mendigo, cuyas manos, con llagas abiertas, se vuelven ansiosas hacia él.

D'Arsonval, extremadamente dedicado a la caridad, no vacila. Se despoja de su fino manto y se lo entrega, de lejos, recelando su contacto.

Después de un año, apremiado por cuestiones de inmediato interés, va a París a invocar el socorro de las autoridades y, sin ninguna alteración, es abordado por el mismo lázaro, con el gesto dolorido, que le repite la vieja súplica.

El castellano le lanzó un valioso sombrero, sin hacer ninguna pausa en el galope, que seguía, rápido.

Se suceden los días y el noble Señor, en un acto de fe, abandona la respetada residencia, con un séquito festivo.

Representará a los suyos, en la expedición de Godofredo de Bouillon, en la cruzada con la que se pretende liberar los Santos Lugares.

En el mismo ángulo de la carretera, era aguardado por el mendigo, que le reitera con la voz más triste.

El ilustre viajero, le da, entonces, una rica alforja, sin ofrecerle la mínima atención.

Y, en Palestina, D'Arsonval combatió valerosamente, cayendo, herido, en poder de los adversarios.

Torturado, abatido y separado de sus compatriotas, por varios años padeció miseria y vejámenes, ataques y humillaciones, hasta que, un día, como un hombre convertido en fantasma, vuelve al hogar que no lo reconoce.

Propagada la falsa noticia de su muerte, la esposa se dio prisa en sustituirlo, al frente de su casa, y sus hijos, indignados, soltaron canes agresivos que lo dilaceraron, cruelmente, sin conmiseración con el llanto que le brotaba de los ojos medio muertos.

Procurando viejos afectos, sufrió repugnancia y sarcasmo.

Interpretado, ahora, como si fuera un loco, el ex-hidalgo, en un sombrío crepúsculo, se alejó, definitivamente, con pasos vacilantes.

¿Seguir para dónde? El mundo era por demás pequeño para contener su dolor.

Avanzaba, penosamente, cuando encontró al mendigo.

Se recordó de su pasada grandeza y se miró, con atención como si buscara alguna cosa que dar.

Contempló al infeliz por primera vez y, cruzando con él la mirada angustiada, sintió que aquel hombre, herido y solo, debía ser su hermano. Abrió los brazos y caminó hacia él, tocado por la simpatía, como si quisiera darle el calor de su propia sangre. Fue, entonces, que, recogido en el regazo del compañero que consideraba leproso, oyó de él las sublimes palabras:

-¡D'Arsonval, ven a mí! Yo soy Jesús, tu amigo. Quién me busca en el servicio al prójimo, más rápido me encuentra... ¡Mientras me buscabas a distancia, yo te aguardaba aquí tan cerca! ¡Agradezco el oro, las joyas, el manto, el abrigo y el pan que me diste, pero hace muchos años te extendía mis brazos, esperando tu corazón!...

El antiguo caballero nada más vio sino vasta senda de luz, entre la Tierra y el Cielo...

Pero, al otro día, cuando los sembradores regresaban a las ¡¡des del campo, bajo la claridad de la aurora, tropezaron en el rocío del camino con un cadáver.

D'Arsonval estaba muerto.

LA CONDUCTA CRISTIANA

Ibrahim ben Azor, el camillero, entró en la estrecha residencia de Simón y frente a Cristo, que lo miraba con los ojos translúcidos, pidió instrucciones de la Buena Nueva, a lo que Jesús respondió con la dulzura habitual, tejiendo consideraciones preciosas y simples, en torno al Reino de Dios en el corazón de los hombres.

-¡Maestro!- preguntó Ibrahim, deseando conocer las normas evangélicas, -en la hipótesis de aceptar la nueva revelación, ¿cómo me comportaré ante las criaturas de mala fe?

-Perdonarás y trabajarás siempre, haciendo cuanto sea posible para que se coloquen al nivel de tu comprensión, disculpándolas, infinitamente.

-¿Y si me rodearan todos los días?

-Continuarás perdonando y trabajando en beneficio de ellas.

-Maestro- invocó Ibrahim, admirado, -la calumnia es un brasero que nos calcina el corazón... Admitamos que tales personas me fustiguen con frases crueles y comentarios injustos. ¿Cómo proceder cuando me enloden el camino, tirándome flechas encendidas?

—Perdonarás y trabajarás, sin descanso, posibilitando la renovación del pensamiento que se hicieron con respecto a ti.

— ¿Y si me hieren? ¿Si la violencia me sujeta al polvo y si la traición me golpea las costillas? ¿Si mi sangre corriera en honor de la perversidad?

—Perdonarás y trabajarás, curándote las llagas, con la disposición de servir, invariablemente, en la certeza de que las leyes del Juez Justo se cumplirán sin perjuicio de un centavo.

—Señor— clamó el consultante desilusionado, y si la pesada mano de los ignorantes me amenaza la casa ¿si la maldad me persigue la familia, dilacerando a los míos en los intereses más queridos?

—Perdonarás y trabajarás con el fin de que la normalidad se reajuste sin odios, comprendiendo que hay millones de seres en la Tierra fustigados por aflicciones mayores que la tuya, correspondiéndonos la obligación de auxiliar no solamente a los que se hacen detentores de nuestro buen querer, sino

también a todos los hermanos de la Humanidad que el Padre nos recomienda amar y ayudar, incesantemente.

Ibrahim, asombrado, indagó, de nuevo:

—Señor, ¿y si me prendieren por homicida y ladrón, sin que yo tenga la culpa?

—Perdonarás y trabajarás, actuando siempre según las sugerencias del bien, convencido de que el hombre puede encarcelar el cuerpo, pero nunca detendrá la idea pura, noble y libre.

—Maestro— prosiguió el camillero, intrigado, — ¿y si me postrasen en el lecho? ¿Si me llenase de úlceras, imposibilitan dome cualquier acción? ¿Cómo trabajar con los brazos inmovilizados, cuando nos resta apenas el derecho de llorar?

—Perdonarás y trabajarás con la sonrisa de la paciencia fiel, cultivando la oración y el entendimiento en el espíritu edificado, confiando en la Protección del Padre Celestial que envía alimento y socorro a los propios gusanos anónimos del mundo.

—Maestro, ¿y si, por fin, me matasen? ¿Si después de todos los sacrificios aparece la muerte por la senda inevitable?

—Procurarás el túmulo, perdonando y trabajando en la acción gloriosa, en beneficio de todos, conservando la paz sublime de la conciencia.

Entre estupefacto y afligido, Ibrahim volvió a indagar después de algunos instantes:

—Señor, ¿y si yo consiguiera tolerar a los ignorantes y a los malos, ayudándolos y recibiendo los insultos como beneficio, ofreciendo la luz por la sombra y el bien por el mal, si encarase, con serenidad, los golpes lanzados contra los míos, si recibiera las heridas y sarcasmos sin reclamación y si aceptara mi propia muerte, guardando sincera compasión por mis verdugos?

¿Qué lugar destacado me corresponderá, ante la grandeza divina? ¿Qué título honroso exhibiré?

Jesús, consideró con dulzura:

—Después de todos nuestros deberes integralmente cumplidos, no pasamos de simples servidores, ante el Padre, a quién pertenece el Universo, desde el grano de arena a las estrellas distantes.

Ibrahim, perturbado, se levantó, llamó al dueño de la casa y preguntó a Pedro si aquel hombre era realmente el Mesías. Y cuando el pescador de Cafarnaúm confirmó la identidad del Maestro, camillero, malhumorado, como si hubiese recibido una grave ofensa, salió y siguió adelante, sin decir adiós.

DEUDA Y RESCATE

En la antevíspera de la Navidad de 1856, Doña María Augusta Correia da Silva, señora de extensos haberes, retornaba a la hacienda, en las márgenes del Paraíba, después de casi un año de paseo y reposo en la Corte.

Acompañada de numerosos amigos que disfrutarían de su festiva hospitalidad, la orgullosa matrona, en la tarde lluviosa y oscura, recibía a los sesenta y dos cautivos de su casa que, sonrientes y humildes, le pedían la bendición.

En la sala grande, noblemente sentada en vieja poltrona sobre largo estrado, que le permitía una mayor visión, hacía un gesto de complacencia, a distancia, para cada servidor que exclamaba de rodillas:

– ¡Loado sea Nuestro Señor Jesucristo, señora!

– ¡Loado sea!–acentuada Doña María con una terrible severidad, que se traslucía en su voz.

Ancianos de cabeza blanca, nombres rudos del campo, mujeres desfiguradas por el sufrimiento, jóvenes y niños desfilaban en las bienvenidas.

Fue la última que se aproximó para la salutación.

La hacendada soberana se levantó, aplomada, llamó junto a sí al cancerbero humano que seguía de cerca a la joven esclava, y antes de que la pobrecita le dirigiese la palabra, le habló, duramente:

–Matilde, guarde las crías en la choza y encuéntreme en la explanada. Necesitamos conversar.

La interpelada obedeció, sin vacilar.

Y alejándose del recinto, en dirección del patio, Doña María Augusta y el asesor con el látigo empuñado cuchicheaban entre sí.

En el gran patio que la noche, ahora, amortajaba con sombra espesa, la madrecita desafortunada vino a atender la orden recibida.

– ¡Acompáñenos!– determinó Doña María, austera-mente.

Guiadas por el rudo capitán de campo, las dos mujeres abordaron la margen del río crecido.

Gigantescas nubes convivían en el cielo con los horribles rugidos de los truenos remotos...

, Se derramaba el Paraíba, en soberbio espectáculo de grandeza, dominando el extenso valle.

Doña María posó su mirada fulgurante en la mestiza humillada y le habló:

— ¡Diga de quién son esas dos "crías" nacidas en mi ausencia!

— ¡Del Señor Zico, señora!

— ¡Miserable! ¡Gritó la poderosa propietaria— mi hijo no me daría semejante disgusto. ¡Niegue esa infamia!

— ¡No puedo! ¡No puedo!

La patrona encolerizada miró de relance el paisaje desierto y bramó, enronquecida:

— Nunca más verá usted a esas criaturas que odio...

— ¡Ah! señora— sollozó la infeliz, — ¡no me separe de mis niños! ¡no me separe de mis niños! ¡Por el amor de Dios!

— No la quiero a usted más aquí y esas criaturas serán entregadas para la venta.

— ¡No me expulse, señora! ¡No me expulse!

— ¡Desvergonzada, de hoy en adelante usted es libre!

Y después de un expresivo gesto hacia el compañero, afirmó, irónica:

— Libre, podrá usted trabajar en otra parte para comprar a esos retoños malditos.

Matilde sonrió, en medio del copioso llanto, y exclamó:

— ¡Ayúdeme, señora... Si es así, daré mi sangre para recobrar a mis hijos!...

Doña María Augusta le indicó el enorme Paraíba y sentenció:

— ¡Usted está libre, pero huya de mi presencia. Atraviese el río y desaparezca!

— ¡Señora, así no! ¡Tenga piedad de su cautiva! ¡Ay, Jesús! No puedo morir...

Pero, a una señal de la patrona, el capataz envilecido, estalló el látigo en el dorso de la joven, que osciló, indefensa, cayendo en la corriente profunda.

— ¡Socorro! ¡Socorro, Dios mío! ¡Ayúdame, Nuestro Señor!— gritó la pobre, debatiéndose en las aguas.

Sin embargo, en pocos instantes, solamente un cadáver de mujer descendía río abajo, ante el silencio de la noche...

Pasaron cien años.

En la antevíspera de la Navidad de 1956, Doña María Augusta Correia da Silva, reencarnada, estaba en la ciudad de Pasa Cuatro, al sur de Minas Gerais.

Se mostraba en otro cuerpo de carne, como quién cambiara de vestuario, pero era ella misma, con la diferencia que, en vez de rica latifundista, era ahora apagada mujer, en rigurosa lucha para ayudar al marido a conseguir el pan.

Sufría en el hogar las privaciones de los esclavos de otro tiempo.

Era madre, padeciendo aflicciones y sueños... Meditaba en los hijitos, ante la expectativa de la Navidad, cuando la lluvia, sobre el tejado, se hizo más intensa.

Un horrible temporal se desataba en la región. Se inundó todo alrededor de la sencilla casa.

La pobre señora, viendo que el agua le invadía el reducto doméstico, salió seguida por el esposo y los niños...

Pero las aguas subían siempre en torbellino envolvente y destructor, arrastrando todo lo que se oponía a su paso.

Ante la ex hacendada crecía un río inesperado e inmenso y, en dado momento, oprimida por el dolor, ante la violenta separación del compañero y de los pequeñitos, cayó en el caudal, gritando desesperada:

— ¡Socorro! ¡Socorro, Dios mío! ¡Ayúdame Nuestro Señor!

Pero, transcurridos algunos momentos, apenas un cadáver de mujer descendía corriente abajo, ante el silencio de la noche...

La antigua terrateniente del Valle del Paraíba rescató el débito que contrajera ante la Ley.

EL AVISO OPORTUNO

–No hay mayor alegría que la de adoctrinar a los Espíritus turbados–decía Noé Silva, austero orientador de antigua institución destinada a la caridad, –y no existe para mí mayor lección que la de los campeones de la mentira y de la sombra, cuando lanzan gritos de dolor ante la realidad.

Con la voluptuosidad del pescador que recoge al pez, después de amplia expectativa, exclamaba gritando:

–A final de cuentas, otro destino no podrían esperar los hipócritas del mundo, apegados al oro y a los placeres, sino los padecimientos atroces de la incomprensión, más allá de la muerte.

Sonriente, triunfante, terminaba:

–Y, por encima de todo, deben agradecer a Dios la posibilidad de encontrar mi palabra sincera y clara. Tengo bastante paciencia para soportarlos y conducirlos hacia la luz.

Así era el rígido mentor de las sesiones. Alma franca y ruda, demasiado convencido en cuanto a sus propios méritos.

Pero, en la vida común, Noé Silva transformaba la lealtad en vestimenta agresiva. Junto a él, se respiraba una atmósfera pesada, como si estuviese repleta de espinas invisibles.

Analfabeto de la gentileza, lanzaba los pensamientos que le venían a la cabeza como si hubiera recibido del Cielo la triste misión de hacer resaltar los defectos del prójimo.

La palabra de él era una lluvia de piedras.

Si un compañero se demoraba para asistir a una reunión, clamaba, colérico:

— ¿Qué estará haciendo ese hipócrita retardatario?

Si un médium no conseguía recursos para interpretar, con seguridad, las tareas que le correspondían en los trabajos de asistencia, preguntaba irritadizo:

— ¿Qué faltas habrá cometido este infeliz?

Si el conductor del autobús parecía vacilar en ciertos momentos, gritaba, impulsivo:

— ¡Desgraciado, cumpla con su deber!

Si el muchacho de servicio, en el café, cometía algún leve desliz, protestaba, exigente:

— ¡Mozo, vea donde tiene la cabeza!... Usted está aquí para servir...

Si alguien le traía alguna confidencia dolorosa, buscando entendimiento y consuelo, repetía, con severidad:

— Mí hermano, quien siembra, recoge. Usted no estaría sufriendo sino hubiese practicado el mal.

En la vía pública, no vacilaba. Si algún transeúnte le impedía el paso rápido, daba uso a los codos y en sus trabajos profesionales era excesivamente conocido por las frases fuertes con que despejaba su vocación de hacer enemigos.

Si un hermano de ideal reprobaba su procedimiento, respondía con rapidez:

— Si esa gente no puede entender mis buenas intenciones, las esperaré en mis oraciones. Después de la muerte, todas las personas comprenden la verdad...

El tiempo pasaba, infatigable, cuando, en el vigésimo aniversario del grupo que dirigía, uno de los orientadores desencarnados se manifiesta, en señal de regocijo, felicitándolos a todos.

Un cariño aquí, un abrazo allí, el amigo espiritual confortaba a los presentes, pero, cuando ya se iba despidiendo sin decir una palabra al mentor de la casa, Noé, desilusionado, preguntó, ansiosamente:

— ¿Y para mí, mi hermano, no hay ningún mensaje? El visitante sonrió y habló, de buen humor:

— Tengo sí, tengo un recado para su corazón. No espere a la muerte para extinguir los desafectos. Cultive la plantación de la simpatía, desde hoy. Nuestra fe representa la Doctrina del Amor y la cordialidad es el principio de ella. No se olvide del verbo silencioso del buen ejemplo, de las lecciones de renuncia y de las enseñanzas vivas con adecuadas demostraciones. Si usted estima el Espiritismo práctico, no olvide el Espiritismo practicado. Usted está siempre dispuesto a adoctrinar a los ignorantes y a los infelices del Espacio,

pero está superpoblando su espacio mental con adversarios que esperan gustosamente el tiempo para adoctrinarlo.

Y con un gesto de cariñosa fraternidad, concluyó enseguida de una pequeña pausa:

—Noé, vacíe el cáliz de hiel, desde ahora; disminuya la reprobación y reduzca la extensión del espinoso... Nuestro problema, mi querido, es de no hincharnos...

La sesión fue cerrada.

Y mientras los compañeros intercambiaban expresiones de júbilo, el arrojado adoctrinado, con la cabeza sumergida en las manos, permanecía solito, sentado en la mesa, pensando, pensando...

LAS ROSAS DEL INFINITO

En deslumbrante paisaje de la Esfera Superior, diversos mensajeros se congregaban en curioso certamen. Procedían de diferentes lugares y traían flores para importante refección del mérito.

En la plaza enorme, pavimentada con una substancia semejante al jade, columnas multicolores exhibían guirnaldas de soberana belleza.

Rosas de todos los matices y claveles soberbios, geranios y glicinas, lirios y azucenas, miosotas y crisantemos exaltaban la Sabiduría del Creador, en fiesta espectacular de colores y perfumes.

Luciendo túnicas resplandecientes, servidoras espirituales iba y venían, en espera de los jueces angélicos.

La singular exposición se destinaba a verificar la existencia de luz divina, en los múltiples ejemplares que allí se alineaban, destacándose que los especímenes con mayor tenor de claridad celeste serían conducidos al Trono del Eterno, como homenaje de amor y reconocimiento a los trabajadores del Bien.

Los jueces no se hicieron esperar.

Cuando la expectativa general se mostraba adelantada, tres emisarios de la Majestad Sublime atravesaron las puertas de dorada filigrana y, después de las saluciones afectuosas, iniciaron el trabajo que les competía. Aquel que tenía las más elevada posición jerárquica, traía en las manos una toalla de lino transparente, el único equipo que ciertamente utilizaría en la tarea de analizar las preciosidades expuestas.

Cada ramo era seguido de una pequeña comisión representativa del servicio espiritual en el que fuera seleccionado.

Se aproximó el primer grupo, trayendo una brazada de rosas, tejidas con las emociones del cariño materno que, lanzadas a la toalla sorprendente, expidieron suaves irradiaciones en un azul indefinible, y los ángeles bendijeron la devoción de las madres, que preservan los tesoros de Dios, en la posición de heroínas desconocidas.

A continuación, brillante conjunto de Espíritus jubilosos colocó en el paño, singular corona de lirios, formados por las vibraciones de fervor de las almas piadosas que se consagran en los templos al culto de la fe. Zafirinas emanaciones cruzaron el espacio y los celestes embajadores loaron los santos menesteres de todos los religiosos del mundo.

En seguida, alegre comisión juvenil trajo al examen, delicado ramillete de azucenas, estructuradas en los sueños y en las esperanzas de los novios que saben guardar la Bendición Divina, y rayos verdes de brillo intraducible se proyectaron en todas las direcciones, mientras que los emisarios del Todo Misericordioso entonaron encomios a los afectos santificantes de las almas.

Lindos niños fueron portadores de hermosa aureola de jazmines, nacidos de 4a ternura infantil, y que, depositados sobre la toalla milagrosa, emitieron luminosa luz, semejante a la de los hilos de la aurora, incidiendo sobre la nieve.

Después, pequeño grupo de criaturas iluminadas, colocó bajo los ojos de los ángeles, bella guirnalda de claveles rojos, recogidos en la renunciación de los sabios y de los héroes, al servicio de la Humanidad, que exteriorizaban rojas emanaciones, como si fueran constituidas por etéreos rubíes.

Y, así, cada comisión sometió al trabajo selectivo las joyas que traía.

La devoción de los padres, los lazos esponsalicios, la dedicación de los hijos, el cariño de los verdaderos amigos, los variados matices de la devoción se hallaban allí magníficamente representados por las flores cuya esencia les correspondía.

En último lugar, compareció la más humildes comisión de la fiesta.

Cuatro almas, revelando características de extrema sencillez, surgieron con un ramo feo y triste. Eran rosas reseca, de color violáceo, mostrando puntos emblanquecidos a guisa de manchas desabotonando a lo largo de los tallos espinosos y repelentes. No obstante, al ser colocadas sobre la mágica toalla, se inflamaron de luz solar, que se irradiaba del recinto a la inmensidad de los Cielos.

Los tres ángeles se pusieron de rodillas. Inesperada conmoción llenó de lágrimas los ojos asombrados de la enorme asamblea. Y como algunos de los presentes lloraban, sin interrogaciones manifiestas, el gran juez del certamen esclareció, emocionado:

–Estas flores son las rosas del amor que raros trabajadores del bien cultivan en las sombras del infierno. Son glorias del sentimiento puro, de la fraternidad real, de la suprema consagración a la virtud, porque solamente las almas liberadas de todo egoísmo consiguen servir a Dios, en la escoria de las tinieblas. Las espinas que se destacan en los tallos agresivos simbolizan las dificultades superadas, los pétalos violáceos significan el arrepentimiento y la consolación de los que ya se transfirieron de la desolación para la esperanza, y los puntos albos expresan el llanto mudo y afligido de los héroes anónimos que saben servir sin reclamar...

Y, entre cánticos de desbordante alegría, las extrañas rosas subieron rutilantes al Paraíso.

¡Oh vos, que lucháis en el camino empedrado de cada día, enjugad las lágrimas y esperad! Las flores más sublimes para el Cielo nacen en la Tierra, donde los compañeros de la buena voluntad saben vivir para la victoria del bien, con el sudor del trabajo incesante y con las lágrimas silenciosas de su propio sacrificio.

LA ÚLTIMA TENTACIÓN

Dicen que Jesús, en la hora extrema, comenzó a procurar a los discípulos, en el seno de la agitada multitud que lo rodeada en el madero, en busca de una mirada amiga en la que pudiese reconfortar el espíritu atribulado...

Contempló, en silencio, la turba enfurecida.

Fustigado por las vibraciones de odio y crueldad, como si debiera morir, sediento y en llagas, bajo un montón de espinas, comenzó a recordar a los amigos y seguidores de la víspera...

¿Dónde estarían sus lazos amorosos de Galilea?...

Recordó el primer contacto con ¡os pescadores del lago, y lloró.

La nostalgia le amargaba el corazón.

¿Por qué motivo Simón Pedro fuera tan frágil? ¿Qué hiciera él, Jesús, para merecer la negación del compañero a quien más se confiara?

¿Qué razones habrían llevado a Judas a olvidarlo?

¿Cómo entregara, así, al precio de miserables monedas, al corazón que lo amaba tanto?

¿Dónde se refugiara Tiago, en cuya presencia tanto se complacía?

Sintió profunda nostalgia por Felipe y Bartolomé, y deseó escucharlos.

Rememoró sus conversaciones con Mateo y reflexionó en cuán dulce sería poder abrazar al inteligente funcionario de Cafarnaúm en su pecho...

De reminiscencia en reminiscencia, tuvo hambre de la ternura y confianza de los niñitos galileos que oían su palabra, deslumbrados y felices, pero los niños simples y humildes que lo amaban se perdían, ahora, en la distancia...

Recordó a Zebedeo y suspiró por acogerse en su sencilla casa.

Juan, el amigo abnegado, se hallaba allí mismo, en terrible decepción, pero necesitaba socorro para sustentar a María, la angustiada Madre, al pie de la cruz.

El Maestro deseaba a alguien que lo ayudase, de cerca, en cuyo cariño consiguiese encontrar un apoyo y una esperanza...

Fue entonces cuando vio levantarse, de entre la multitud desvariada y ciega, alguien, que él, enseguida, reconoció. Era el mismo Espíritu perverso que lo tentara en el desierto, en el pináculo del templo y en la cima del monte.

El Genio de la Sombra, con el rostro enigmático, se acercó a él y murmuró:

– ¡Maldice a tus amigos ingratos y te daré el reino del mundo! ¡Proclama la flaqueza de tus hermanos del ideal, con el fin de que la justicia te, reconozca la grandeza angélica y descenderás, triunfante, de la cruz!... Di que tus amigos son cobardes y duros, impasibles y traidores y te uniré a los poderosos de la Tierra para que domines todas las conciencias. Tú sabes que, ante Dios, ellos no pasan de ser míseros desertores...

Jesús escuchó, con expresiva mudez, pero el llanto le manó más intensamente de la mirada translúcida.

–Sí– pensaba, –Pedro me negó, pero no por maldad. La fragilidad del apóstol podría ser comparada a la ternura de un olivo naciente que, con los días, se transforma en un troco robusto y noble desafiando la implacable visita de los años. Judas lo entregara, pero no por mala fe. Se ilusionara con la política de los fariseos y juzgara poder substituirlo con ventaja en los negocios del pueblo.

Encontró, en lo íntimo del alma, la necesaria justificación para todos y parecía esforzarse por decir lo que le subía al corazón.

Ansioso, el Espíritu de las Tinieblas, aguardaba su pronunciamiento, pero el Cordero de Dios, fijando sus ojos en el cielo inflamado de luz, rogó en tono inolvidable:

– ¡Perdónalos, Padre! ¡Ellos no saben lo que hacen!... El Príncipe de las Sombras se retiró apresurado.

Pero en ese instante, en vez de detenerse en la contemplación de Jerusalén dominada por la impiedad y la locura, el Señor notó que el firmamento se rasgara, de arriba a abajo, y vio que los ángeles iban y venían, tejiendo de estrellas y flores el camino que lo conduciría al Trono Celeste.

Una paz indefinible y soberana se le estampó en el semblante.

El maestro venció la última tentación y seguiría, ahora, radiante y victorioso, para la claridad sublime de la resurrección eterna.

DAR Y DEJAR

Cuando Cirilo Fragoso tocó las puertas de la Esfera Superior y fue atendido por un ángel que velaba, solícito, verificó con sorpresa, que su nombre no constaba entre los esperados del día.

–Hice mucha caridad– alegó, irritadizo, –doné cuanto pude. Protegí a los pobres y enfermos, amparé a las viudas y a los huérfanos. Cuanto hice les pertenece. ¡Oh! Dios, ¿dónde está la esperanza de los que se entregaron a las promesas de Cristo?

Y comenzó a lloriquear desesperado, mientras el funcionario celestial, compadecido, le observaba los gestos.

Fragoso traducía su pesar con la boca, no obstante, la conciencia, como si estuviera instalada ahora en sus oídos, lo instaba a recordar con ella.

Era innegable, que amontonaba voluminosos bienes. Alcanzara retumbante éxito en los negocios a los que se dedicara y se desprendía del cuerpo terrestre en el catastro de los propietarios de gran expresión. No consiguiera visitar personalmente a los necesitados, porque el tiempo le menguaba cada día, en la laboriosa tarea de preservación de su fortuna, jamás obtuviera descanso para oír a un indigente, nunca pudiera dispensar un minuto a las mujeres infelices que recurrían a él, en su casa, entretanto, previniendo la muerte que se avecinaba, inflexible, organizara generoso testamento. Y así, actuando de prisa, no se olvidó de las instituciones piadosas de las cuales poseía un vago conocimiento, inclusive de las que él pretendía crear. Por eso, en cuatro días, las dotó a todas con expresivos recursos, recomendándoles que oraran por él.

¿No se deshizo de todo, pues, para ejercer el auxilio al prójimo? Sin embargo, ¿no habría sido más aconsejable practicar la beneficencia, antes del atribulado viaje hacia el túmulo?

Notando que el corazón y la conciencia peleaban dentro de él, rogó a la entidad angelical que tomase en consideración la legitimidad de sus demostraciones de virtud, reafirmando que la caridad efectuada por él debería ser un pasaporte justo para el acceso al paraíso.

El benefactor espiritual declaró respetar su argumento, informando, sin embargo, que sólo mediante pruebas tangibles abogaría por su causa, junto a los poderes celestiales. Si Fragoso trajese la documentación positiva de aquello que verbalmente anotaba, le defendería para que entrara en el Paso de la Eterna Luz.

Cirilo se dio prisa en volver a la Tierra y, afligido, extrajo las notas más importantes, referentes a los legados que hiciera a las asociaciones pías, presentes y futuras, en las últimas horas de su cuerpo, y retornó a la presencia del amigo espiritual, ante quien leyó en voz firme y confiada:

—Para los viejitos de diversos asilos, dejé cuatrocientos mil cruzeiros.

—Para enfermos de variadas especialidades dejé ochocientos mil cruzeiros.

—Para la instalación de un hospital para el cáncer, dejé seiscientos mil cruzeiros.

—Para la fundación del Instituto San Damián, en favor de los leprosos, dejé trescientos mil cruzeiros.

—Para la asistencia a la infancia desvalida, dejé quinientos mil cruzeiros.

—Para mis empleados, dejé cuatro casas y seis lotes de tierra, por un valor de un millón doscientos mil cruzeiros.

—En manos de mi testamentario, dejé, de ese modo, el importante total de tres millones ochocientos mil cruzeiros, para la realización de buenas obras.

Terminada la lectura, observó que el ángel no se mostraba satisfecho.

En razón de eso, preguntó, ansioso:

— ¿No habré cumplido así con los preceptos de Jesús? Sin embargo, el interpelado, aclaró, triste:

—Fragoso, es preciso pensar. Según el Evangelio, bienaventurado es aquel que da con alegría. Pero, realmente, usted no dio. Sus anotaciones no dejan margen para ninguna duda. Usted simplemente dejó. Dejó, porque no podía traer.

Y como Cirilo entrase en aflictiva expectación, el ángel concluyó:

-Desgraciadamente, su lugar, de momento, aun no es aquí.

De conformidad con las enseñanzas del Maestro Divino, donde situamos el tesoro de nuestra vida, allí guardaremos nuestra alma. Su testamento no expresa liberación. Quien da, sirve y pasa. Quien deja, suelta provisionalmente. Usted aún, no se exoneró de las responsabilidades para con el dinero. Vuelva al mundo y ampare a aquellos a quién usted confió los bienes que le fueron prestados por la Providencia Divina y, ayudándolos a usarlos en la caridad verdadera, usted conocerá, por experiencia propia, el desprendimiento de la posesión. La muerte lo obligó a dejar. Ahora, mi querido amigo, le corresponde ejercitarse en la ciencia de dar con el alma y el corazón.

Fue así que Cirilo Fragoso, aunque abatido, regresó a la esfera de los hombres, en espíritu, con el fin de aprender la beneficencia con base en la renuncia.

EL CONFERENCISTA ATRIBULADO

En aquella mañana asoleada del domingo, Gustavo Torres, en su gabinete de estudio, alineaba preciosos conceptos sobre el arte de ayudar.

Espiritualista concienzudo, creía que la lucha en la Tierra era una bendita escuela de formación del carácter y, por eso, atendiendo a las exigencias de su ideal, narraba, con tranquilidad, frases primorosas para el comentario evangélico, que pretendía realizar en la noche siguiente.

Después de renovadora oración, comenzó a escribir, sentidamente.

—El prójimo de cualquier procedencia, es nuestro hermano, acreedor a nuestro mejor cariño.

—El calumniador es un examen a nuestra paciencia.

—Cuando somos víctimas de la ofensa, estamos recibiendo de Jesús la bendita ocasión de auxiliar.

—La desesperación es como la lluvia de veneno invisible.

—La disculpa constante es una garantía de paz.

—No olvide que la irritación, en cualquier parte, es un fermento de discordia.

—Soporta la dificultad con valor, porque la prueba es un recurso demostrativo de nuestra fe.

—Si un hermano desviado te perjudica el interés, recibe en él tu valiosa oportunidad de perdonar.

—Si alguien aparece, como instrumento de aflicción en tu casa, no huyas al ejercicio de la tolerancia.

—La calma tonifica el espíritu...

En ese momento, la vieja criada vino a traer el chocolate, sobre el cual, sin que ella lo percibiese, se había posado una pequeña mosca, encontrando la muerte.

Torres notó el cuerpo extraño y, repentinamente indignado, gritó a la servidora:

— ¿Cómo se atreve a semejante desconsideración? ¿Cree que yo deba engullir un mosquito de este tamaño?

Impresionada con el golpe que el patrón diera sobre la bandeja, la pobre mujer imploró:

— ¡Discúlpeme, señor! La enfermedad me ensombrece los ojos...

—Si es así— habló con aspereza —sepa que no preciso de empleados inútiles...

El conferencista en el arte de ayudar aún no había dado por terminado el incidente, cuando el recinto fue invadido por el estruendo de un desmoronamiento.

El conductor de un camión, en un lance infeliz, arrojó la máquina sobre uno de los muros de su residencia.

El dueño de la casa descendió a la vía pública, como si hubiera sido alcanzado por un rayo.

Se acercó al conductor mal vestido y gritó, colérico:

— ¡Criminal! ¿Qué hiciste?

—Señor— rogó el mísero, —perdóneme el desastre. Pagaré los gastos de la reconstrucción. Tengo la cabeza atontada con la molestia de mi hijito, que agoniza hace muchos días...

— ¡Desgraciado! El problema es suyo, pero mi caso será entregado a la policía.

Y cuando Torres, poseso, usa el teléfono, discando para el comisario de guardia, unos niños curiosos le invadieron el jardín bien cuidado, destrozando la plantación de claveles que le exigió un inmenso trabajo en la víspera.

Desesperado, avanzó hacia los niños, amenazando:

— ¡Vagabundos! ¡Rateros! ¡A la calle, a la calle!... ¡Fuera de aquí!... ¡Fuera de aquí!...

En algunos instantes, policías atentos rodeaban su domicilio y Torres regresó al gabinete, como si estuviese despertando de una pesadilla...

En la mesa, se destacaba un minúsculo cuadro en el que releyó el hermoso dístico, grabado allí por él mismo: —"Cuando Jesús domina el corazón, la vida está en paz."

Atribulado, se sentó.

Se detuvo nuevamente, en la frase preciosa que escribiera, y reconoció cuán fácil es enseñar con las palabras, y cuán difícil es instruir con los ejemplos y, avergonzado, comenzó a reflexionar...

EN EL REINO DE LAS MARIPOSAS

A la orilla de un charco, hermosa mariposa, fulgurando al crepúsculo, se posó sobre un nido de larvas y hablo con las pequeñas orugas, atónitas:

— ¡No temáis! ¡Soy yo...! Una hermana vuestra de raza!... Vendo a comunicaron esperanza. ¡No siempre permaneceréis apegadas a la hierba del pantano! ¡Tened calma, fortaleza, paciencia!... Esforzaos por no sucumbir a los golpes del viento que, de cuando en cuando, barre el paisaje. ¡Esperad! Después del sueño que os aguarda, despertaréis con alas de puro armiño, reflejando el esplendor solar... Entonces, no os arrastraréis más, presas al suelo húmedo y triste. ¡Adquiriréis preciosa visión de la vida! Subiréis muy alto y vuestro alimento será el néctar de las flores... ¡Viajaréis deslumbradas, contemplando el mundo, bajo nuevo prisma!... ¡Observaréis al sapo que nos persigue, castigado por la serpiente que lo destruye, y veréis a la serpiente que le fascina el sapo, fustigada por las armas del hombre!...

Mientras la mensajera se entregaba a ligera pausa de reposo, se oían exclamaciones de admiración:

- ¡Ah! ¡No puedo creer lo que veo!
- ¡Qué misteriosa y bella criatura!...
- ¿Será un hada milagrosa?
- Nada posee de común con nosotras...

Irradiando el suave aroma del jardín en que se detuviera, la linda visitante sonrió y continuó:

— ¡No os confiéis a la incredulidad! ¡No soy un hada celestial! Mis alas son parte integrante de la nueva forma que la Naturaleza os reserva. ¡Ayer, vivía con vosotras; mañana, viviréis conmigo! ¡Os equilibraréis en el inmenso espacio, realizando vuelos sublimes a plena luz! ¡Liberadas del lodazal, os elevaréis, felices! ¡Conoceréis la belleza de las copas floridas y el sabroso licor de los pétalos perfumados, la delicia de la altura y la amplitud del firmamento!...

Después, lanzando una cariñosa mirada a la familia alborozada, extendió el cuerpo multicolor y, volando graciosamente, desapareció.

En eso, llega al nido la larva más vieja del grupo. Que andaba ausente y, oyendo las entusiastas referencias de las compañeras más jóvenes, jóvenes, ordenó, irritada:

— ¡Cállense y escuchen! Todo eso es insensatez... Mentiras, divagaciones... Huyamos a los sueños y a los desvaríos. Nunca tendremos alas. Nadie debe filosofar... Somos larvas, nada más que larvas. Seamos prácticas, creamos en el momento en que vivimos. Olvídense de pretendidos seres alados que no existen. ¡Desciendan del delirio de la imaginación hacia las realidades del vientre! Abandonaremos este lugar, mañana. Encontré la huerta que procurábamos... Será nuestra propiedad. Nuestra fortuna está en el pie de repollo que pasaremos a habitar. Le devoraremos todas las hojas... Necesitamos simplemente comer, porque, después será el sueño, la muerte y la nada... nada más...

Se callaron las larvas, desencantadas.

Cayó la noche y, en medio de la sombra, la oruga jefe adormeció, sin despertar al otro día. Ella estaba completamente inmóvil.

Las hermanas, preocupadas, observaban curiosas el fenómeno y se pusieron a la expectativa.

Pasado algún tiempo, con infinito asombro, vieron como la orgullosa y descreída orientadora se metamorfoseaba en una sedosa mariposa, voladora y leve...

Anotando la lección breve y simple, creo que hay muchos puntos de contacto entre el reino de los hombres y el reino de las mariposas.

EL ESCRIBA EQUIVOCADO

Se hallaba el Maestro en casa de Pedro, mientras, en diversas localidades, alrededor del gran lago, se propagaba la Buena Nueva. Se comentaban las enseñanzas como si fuera él un príncipe desconocido, llamado a la restauración nacionalista.

Si aparecía en público, era señalado como un revolucionario en vías de levantar la bandera de antiguas reivindicaciones y, cuando permanecía en el santuario doméstico, recibía visitas corteses e indagadoras. No surgían, tan sólo los que venían a consultarlo acerca de los principios libertadores, sino también, los inflados de superioridad, que venían a discutir los problemas de la fe.

Fue así que el escriba Datán se acercó familiarmente a él, sobrazando rollos voluminosos y guardando aires de misterio en la palabra sigilosa y malevolente.

Hizo un solemne preliminar, explicando los motivos de su venida.

Estudiaba muchísimo.

Conocía el drama de Israel, desde sus orígenes.

Poseía viejos escritos, referentes a las persecuciones más remotas. Había archivado, cuidadosamente, preciosas tradiciones ocultas que relataban los sufrimientos de la raza en Asiria y en Egipto. Se encontraba en contacto con varios descendientes de sacerdotes hebreos de otros siglos. Discutía, docto y perspicaz, sobre el pasado de Moisés y Aarón, en la patria de los faraones, y recogiera conocimientos nuevos, con respecto a la Tierra de Promisión.

En virtud de la inteligencia innata con que sabía tratar los problemas de la revelación, se declaraba dispuesto a colaborar en el restablecimiento de la verdad.

Pretendía contribuir, no sólo con el verbo inflamado, sino también con la bolsa, en el destierro sumario de todos los explotadores del Templo.

Después de una pormenorizada exposición que el Señor oyó en silencio, adujo el escriba entusiasta:

—Maestro, ¿no será indiscutible la necesidad de reformar la fe?

—Sí...— confirmó Jesús, sin comentarios. Datán, extremadamente locuaz prosiguió:

—Vengo a traerte, pues, mi solidaridad sin condiciones. Me duele contemplar la Casa Divina ocupada por ladrones y cambistas sin conciencia. Soy cultivador de la Ley, riguroso e intransigente. Conozco el Levítico de memoria, para evitar el contacto con las personas y alimentos inmundos. Cumplo con mis obligaciones y no soporto la presencia de cuantos dilapidan el altar con el pretexto de protegerlo.

Puso en la mirada la expresión colérica de una zorra herida, bajó el tono de la voz, a la manera de un denunciante común, y anunció, susurrante:

—Tengo conmigo la relación de todos los lagartos y cuervos que insultan el santuario de Dios. Seré para ti un devoto colaborador para confundirlos y exterminarlos. Mis pergaminos son brazas vivas de la verdad. Conozco a los que roban al pueblo miserable en beneficio de los propios romanos que nos dominan. El templo está lleno de rapiñadores. Hay fieras de forma humana que devoran allí las riquezas del Señor, leyendo textos sagrados. Son criaturas melosas y escarnecedoras, untuosas y traidoras...

Cristo oía sin ninguna palabra que demostrase su desagrado y, ebrio de maledicencia, el visitante desdobló uno de los rollos, se fijó en algunas anotaciones y añadió:

—Veamos la pequeña galería de criminales que, de inmediato, necesitamos contener.

El rabino Jocanan vive rodeado de discípulos, administrando lecciones, pero es propietario de muchos palacios, conseguidos a costa de viudas pobrísimas, es un hombre asqueroso por la avaricia a la que se confía.

El rabino Jafet, es desde hace mucha, un explotador de mujeres desventuradas; del atrio de la casa de Dios hacia adentro es una oveja, pero del atrio hacia fuera es un lobo insaciable.

Nasán, el sacerdote, se vale de la elevada posición que disfruta para vender, a precios infames, toros y cabras destinados a los sacrificios, por intermedio de terceros que le enriquecen sus arcas; ya posee tres casas grandes, llenas de esclavos, en Cesárea, con vastos rebaños de carneros.

Agiel, uno de los guardias del sagrado candelero, usa respetable túnica durante el día y es salteador, durante la noche; sé cuantas personas fueron asaltadas por él en el último año sabático.

Nenrod, el celador del Santo de los Santos, tiene siete asesinatos en las costillas; formula oraciones conmovedoras en el lugar divino, pero es un malhechor contumaz, evadido de Siria.

Manasés, quien explica los Salmos de David, vende palomas a precios asfixiantes, creando constreñimiento a las mujeres inmundas que buscan la purificación, para explotar-les la buena fe.

Gad, el fiscal de carnes impuras, tiene la casa repleta de utilidades del santuario, que cede módicamente, llenándose los cofres de oro y plata.

Efraim, el levita, que se insinúa constantemente en la casa del Sumo Sacerdote, es político sagaz; la humildad fingida le encubre los tenebrosos planes de dominación.

Pero dándose cuenta que Jesús se mantenía mudo, el interlocutor se calló, lo miró con desilusión, y concluyó:

—Señor, acéptame en el ministerio. Estoy listo. Me informaron que te dispones a fundar un nuevo reino y una nueva orden... Te auxiliaré a masacrar a los impostores, innovaremos la creencia de nuestro pueblo..

Pero Jesús, sonriendo ahora, compasivo y triste, le contestó muy sereno:

—Datán, te equivocas, naturalmente, como acontece a muchos otros. La Buena Nueva es de salvación. No busco delatores, ni verdugos, siempre valiosos en los tribunales. Estamos buscando simplemente mujeres y hombres que deseen amar al prójimo y ayudarlo, en nombre de nuestro Padre, con el fin de que nos hagamos mejores unos para con los otros.

El Maestro, sereno y persuasivo, iba a continuar, pero el escriba elocuente, tan profundo en el conocimiento de las vidas ajenas, enrolló los pergaminos, a prisa, frunció los labios amarillos de cólera inútil y atravesó el pasante de la puerta sin mirar atrás.

JUICIOSA PONDERACIÓN

Nos disponíamos a escribir una serie de anotaciones acerca de nuestras ligeras excursiones alrededor de otros mundos, con la intención de traerlas a los amigos terrestres, cuando un abnegado orientador nos habló con sensatez:

—Ustedes no se desarrollaron suficientemente para tratar el asunto con la necesaria autoridad. Para relacionarlas múltiples manifestaciones de la vida en otros planetas, no podemos prescindir de la conciencia cósmica, que aún estamos construyendo, a través de sucesivas enseñanzas en la Tierra, y, en ese sentido, cualquier impresión de nuestra parte será fragmentaria e imperfecta, desorientando la curiosidad sana de las almas bien intencionadas.

E, ilustrando la juiciosa observación, nos contó, sonriente:

—La Humanidad evolucionada en un astro que se localiza a millones de kilómetros de la Tierra, contemplándola en su aspecto de minúscula estrella rojiza, reunió a algunos de sus sabios más eminentes, con el fin de estudiarla con las particularidades posibles.

Guardando avanzados conocimientos en el dominio de la fuerza de gravedad, los competentes pesquisadores se movilizaron a la tentativa, enviando a nuestro mundo diversas expediciones, de tiempo en tiempo.

La primera vino hasta nosotros, después de complicadas peripecias en el Espacio, condicionándose, como es lógico, a la limitada provisión de recursos que traía, elemento-tos estos que le aseguraban la permanencia de tres días sobre la faz de nuestro globo.

Pero, aconteció que los viajeros alcanzaron los cielos de París y, después que analizaron la refinada capital de Francia, por más de setenta horas, anotando los patrimonios artísticos y culturales, volvieron al punto de origen, anunciando que nuestro mundo era el centro de una notable civilización, con importantes agrupamientos humanos.

La idea causó gran alborozo y, tan pronto se hizo posible, una nueva comisión nos fue remitida para la complementación de los informes.

No obstante, los excursionistas, en vez de alcanzar París, descendieron sobre vasta e inculta región africana y regresaron alarmados, desmintiendo las conclusiones existentes, por cuanto, para ellos, la Tierra era un simple

hormiguero de criaturas primitivas, singularmente distanciadas de la educación.

Ante las controversias, nuevo grupo de investigadores vino al plano terrestre, examinando justamente larga extensión de Siberia y, por eso, volvió aseverando que nuestro domicilio no pasaba de ser un cementerio helado.

Una nueva expedición fue llevada a efecto. Sin embargo, esta vez, los estudiosos planearon sobre la región triste y seca del Sahara, siendo llevados a creer que la Tierra se reducía a un inmenso desierto, bajo pavorosas tempestades de arena.

Otros pioneros entraron en la pelea y, auscultándonos la residencia, toparon con las aguas del Pacífico, retornando a su hogar, comunicando a quien de derecho correspondía, que nuestro mundo era solamente un líquido, solitario e inhabitable.

Frente a las informaciones contradictorias y extrañas, la autoridad superior resolvió suspender las expediciones, puesto que los relatos no concordaban entre sí y que no valía la pena ausentarse de la intimidad doméstica para volver con problemas insolubles e inquietantes, alusivos a la casa ajena.

El orientador hizo una pausa, sumergió en nosotros su mirada muy lúcida, y concluyó:

—Como vemos, no sería bueno precipitar noticias y conclusiones. Cada viajero puede hablar simplemente de aquello que ve, y lo que podemos observar es aún muy poco de aquello que, más tarde, nos será concedido al conocimiento. Siendo así, construyamos con los hombres, nuestros hermanos, por el trabajo perseverante en la cultura y en el bien, las alas con que nos remontaremos a las esferas superiores, sin anticiparnos a las decisiones divinas, porque el Señor sabe cuándo convendrá modificar los programas de servicio a nuestro respecto. "Ir allá" es muy diferente de "estar allá". Cuando podamos estar en la cima de la evolución, sabremos examinar y comprender, a través del justo discernimiento. Hasta allá, estudiemos y sirvamos.

Nada más nos dijo el mentor, sin embargo, se expresó bastante como para que nos acomodásemos a la obligación de proseguir trabajando en la edificación del Reino del Espíritu, en cuya luz conquistaremos, felices, el galardón de la Vida Mayor,

LA CONSULTA

Ante el amigo que se responsabilizaba por las tareas del templo espiritista cristiano, elegante dama rogaba, con osadía:

–Vengo a pedirles socorro, porque mi vida está realmente trastornada... Aun ayer, soñé que mi padre, desde hace mucho tiempo en el Más Allá, vino a nuestra casa, manteniendo conmigo una larga conversación... Desperté, de repente, y aún pude ver su rostro, delgado y vivo, cerca de mí. Asustada, le dirigí algunas preguntas en pensamiento y, con asombro, oí su voz explicándome que la muerte no existe, que la vida continúa y que, más allá del sepulcro, prosigue interesado en mi bienestar... Entretanto, no pude evitar los escalofríos. Horrible sensación de pavor me asaltó el espíritu y comencé a gritar, inconscientemente... ¿Qué supone usted que pueda ser eso?

–Mediumnidad, señora, Mediumnidad...– comentó el orientador, sereno y prudente.

– ¡Ah! sí– continuó la exaltada señora, –muchas personas de mis relaciones afirman que, de hecho, soy médium... Desde niña, veo cosas y, cada noche, antes del sueño, aunque cierre los párpados, diviso bultos extraños que me rodean el lecho, sin disipar el temor de cual me veo poseída... ¿Cómo interpretar esos hechos?

–Son fenómenos de su mediumnidad– respondió el ponderado interlocutor.

–Sí, sí, – alegaba la visitante, –otras ocurrencias me asustan. Muchas veces en la siesta, o estando en conversación con amigas, noto que objetos se mueven, junto a mí, sin contacto físico. Golpes en los muebles, como si personas invisibles desearan conversar con nosotros, se repiten a mi lado, todos los días. En muchas ocasiones, veo manos, como si fuesen de niebla

transparente, moviéndose, agravándome los sustos. ¿Cómo clasificar esos casos?

–Mediumnidad, mi hermana...

– ¿Y esa angustia que siento, diariamente, como si una lluvia de sombra me buscara la garganta? Muchas veces, quedo paralizada, como si fuera a morir... Y esa asfixia viene de lejos... En balde he experimentado diversos tratamientos. Tengo la idea de que fuerzas inexplicables me escaldan la cabeza, al mismo tiempo que siento escalofríos en el cuerpo... En estos instantes, oigo voces y lamentaciones que me torturan el pensamiento... ¿Cómo definir esas impresiones?

–Mi hermana, todo eso es mediumnidad– esclareció el mentor, seguro de sí.

Y la dama contó nuevos sueños, relacionando nuevos hechos, hasta que terminó por suplicar, después de largo tiempo:

– ¡Ampárenme, por amor de Dios!... Estoy dispuesta a cualquier sacrificio... Daré lo que sea preciso para deshacerme de los obstáculos que me llevan a semejantes turbaciones...

El dirigente de la A institución la dejó exteriorizar las brillantes promesas una sobre la otra, y afirmó, enseguida:

—La solución del problema está en usted. Estudie y trabaje, mi hermana. Estudie puliendo su personalidad, para dilatar los dominios de su pensamiento, comprendiendo la vida con mayor profundidad, y trabaje en la siembra del bien, atrayendo la cooperación y la simpatía de los otros. Renovación mental, disciplina de las emociones, esfuerzo persistente en el bien y meditación saludable no deben ser despreciados en la adquisición de nuestra paz, que no puede ser comprada a terceros y sí construida por nosotros mismos en la intimidad del corazón. Para eso, el Espiritismo le será valioso campo de lucha, en el cual conocerá, con más seguridad, sus energías

psíquicas, enriqueciéndolas por la cultura edificante y por la caridad bien conducida.

Sin embargo, cuando la inquieta señora oyó hablar de estudio, trabajo, renovación, disciplina, esfuerzo, meditación, cultura y caridad, perdió la elocuencia con la que se distinguía... Desilusionada, tartamudeó, afligida:

—Juzgué obtener auxilio, más fácilmente...

—Sí, la señora será ayudada con el fin de que pueda ayudarse.

Y como el reloj modificase la fisonomía de las horas, el director la invitó:

—Iniciemos, ahora, mi hermana. Nuestros estudios van a comenzar, a la luz de la oración.

—S í— habló la enferma, desencantada, —hoy no puedo, pero vendré mañana...

Y salió sin despedirse.

Los días transcurrieron de prisa.

Pero, por más que los amigos del Grupo la esperaron, solícitos, la consultante no volvió más.

LA SENDA DE LUZ

Cuando el primer hombre descendió a los valles y a los montes de la Tierra, sintió que la miseria le entrababa todos los pasos. Entristecido, ante la contemplación de pantanos y desiertos, volvió, receloso, al Trono del Señor y rogó con voz suplicante:

— ¡Padre misericordioso, compadécete de mí! ¡La indigencia me persigue, socórreme en mi extrema pobreza!...

Y el Todo Bondadoso, prometiéndole protección y cariño, le recomendó el trabajo con las manos.

El hombre tornó a la tierra oscura y triste y actuó con coraje.

Improvisando utensilios rústicos, distribuyó las aguas, drenó los charcos, seleccionó las plantas fructíferas y consiguió edificar el primer nido doméstico.

Mientras tanto, instalado en una casa simple, reconoció que la ignorancia le ensombrecía la imaginación. Amedrentado con las inhibiciones espirituales que lo sofocaban, regresó al Cielo, implorando:

—Señor, Señor, mi cabeza yace en las tinieblas... ¡Auxíliame! ¡Dame claridad al entendimiento!...

Y el Todo Sabio, reafirmando su amor infinito, le aconsejó el trabajo del pensamiento.

Atendiendo la indicación, el hombre comenzó a observar con redoblada paciencia los fenómenos que lo rodeaban, adquiriendo preciosas lecciones de la Naturaleza y creando, con el esfuerzo propio, los primeros libros de piedra.

Pero se encontraba aislado con sus tareas y estudios, y experimentó el ansia de exteriorizarse y volar... La soledad le amargaba el espíritu. Aspiraba a la comunión con otros seres, anhelaba penetrarlos secretos del firmamento. Después de muchas lágrimas, retornó al Paraíso y pidió en llanto:

—Padre, estoy solo... ¡Ampárame! ¡Ayúdame a huir de la cárcel de mí mismo!...

El Todo Poderoso, acariciándole la frente, bendijo su presencia y le recetó el trabajo de los sentidos.

El hombre, sorprendido, movilizó los recursos de los ojos y de los oídos y, contemplando las estrellas luminosas, mirando las flores, auscultando la belleza de las piedras y de los metales y oyendo las voces de las fuentes y de los bientos, descubrió el arte, en cuya compañía pudo alejarse del mundo, en espíritu, en dirección a las Esferas Superiores.

Rodeado de enorme descendencia, pasó a ser visitado por el cortejo de variadas enfermedades. Espantado con la ruina física de los hijos y de los nietos, recurrió afligido, al Señor, suplicando, lloroso:

— ¡Padre Amado, las molestias me devastan la casa...! ¿Qué será de mí? ¡Asístenos con tu compasión!...

El Todo Amoroso sonrió, compasivo, y le reiteró su promesa de auxilio y le recomendó el trabajo del raciocinio.

Examinando detenidamente las plantas y los minerales, el hombre consiguió la formación de numerosos remedios para combatir las dolencias que lo flagelaban.

Más tarde, con el perfeccionamiento del paisaje y con la prosperidad de sus bienes, fue asaltado por diversas tentaciones. La envidia, el orgullo y la vanidad le soplaban a los oídos los más extraños proyectos.

Afligido, procuró el Trono Divino y solicitó, amargado:

— ¡Señor, genios perversos me atormentan la vida'... ¡Fortaléceme contra la locura!...

El Todo Generoso le acarició la cabeza trémula y le indicó más trabajo para la atención.

El hombre volvió a la Tierra inmensa y procuró huir de sí mismo, a través de la actividad incesante, instituyendo nuevas colonias de servicio para la multiplicación de las tareas generales, garantizando, con eso, su armonía mental.

Los días pasaron unos detrás de otros...

Después de muchos años, ya encanecido, notó que sus ¡innumerables descendientes surgían irritados y sin armonía, a propósito de inutilidades e ilusiones. La discordia armaba entre ellos peligrosos abismos...

Torturando, el infeliz demandó a la Casa del Señor, pero observó con sorpresa que el Paraíso se elevaba más allá de las estrellas...

Triste y cansado, oró con ardientes lágrimas.

El Todo Compasivo no vino personalmente a oírle la súplica, pero le envió un mensajero, aureolado de bondad y de luz, que le habló cariñosamente:

Vuelve al mundo, en nombre del Señor, y trabaja constantemente. Si tus hijos y nietos se desentienden unos con los otros, da trabajo a tu corazón, amando, perdonando, sirviendo y enseñando siempre...

Y, como el hombre indagase sobre la ocasión sublime en la que le correspondía reposar en la compañía del Eterno Padre, el emisario respondió, delicado y solícito:

—Ve y construye. Sigue y atiende al progreso. ¡Avanza, marcando tu peregrinación con las señales imperecederas de las buenas obras!... El trabajo, entre las márgenes del amor y de la recta conciencia, es la senda de luz que te conducirá de nuevo al Paraíso, con el fin de que la Tierra se transforme en un divino espejo de la Gloria de Dios.

LA ELECCIÓN DEL SEÑOR

Se cuenta que algunos apóstoles del bien tanto se elevaron en la virtud que, por la extrema sublimación de sus almas, consiguieron alcanzar la entrada del Santuario Resplandeciente de Cristo.

Volverían al mundo, para proseguir con la obra de amor a la que se vinculaban, no obstante, convocados por los poderes angélicos, podrían hacer excursiones felices por las vecindades del Hogar Divino.

Bienaventurados por la gloria y por la bondad, constituían provisionalmente en el Cielo toda una asamblea de belleza y sabiduría.

Misioneros occidentales ostentaban dalmáticas imponentes, recordando las instituciones religiosas a las que habían pertenecido mientras que los santos del Oriente exhibían túnicas liriales. Venerables sacerdotes de las iglesias católicas y protestantes se confundían con los patriarcas judíos y budistas. Admirables seguidores de Confucio e insignes devotos de Mahoma se entendían unos con otros.

Muy por encima de las interpretaciones humanas, tendientes a la discordia, alcanzaban, al fin, la suprema unión en la esfera de los principios.

Cada uno se adornaba con el mensaje simbólico de los templos que habían representado. Anillos, cruces, báculos, aureolas, collares, medallas y otras insignias preciosas se destacaban del lino y de la púrpura, de la seda y del oro, refulgiendo al sol en el que se bañaban.

Entretanto, uno de ellos desentonaba del brillante conjunto.

Era un antiguo servidor del desierto que no se había afiliado a ninguna iglesia. Ibrahim Al-Mande había sido apenas un abnegado hermano de los infelices que vagaban en las planicies arenosas de Arabia.

No poseía ninguna señal que lo recomendase al respecto y a la consideración. Traía los pies descalzos, llenos de llagas y polvo. En el vestuario roto, mostraba las manchas sanguinolentas de los niños heridos que habían acurrucado en su pecho. Las manos delgadas y peludas parecían forradas de cuero de camello, de tan llenas de callos como se hallaban por el rudo trabajo de asistencia a los viajeros perdidos. Los cabellos grisáceos y desordenados hablaban de largas peregrinaciones bajo la tempestad y el rostro arrugado y rígido era la pesada moldura de dos ojos bellos y lúcidos pero hundidos y tristes, guardando pavorosas visiones de los dolores que él había socorrido, abnegado y atento.

Aislado en el festín, el anciano notó que dos ángeles examinaban la asamblea, haciendo anotaciones en un pergamino celestial.

Después que analizaron a todos los asistentes uno por uno, se acercaron a él, extrañando su desagradable presencia.

—Amigo— interrogó uno de los emisarios, — ¿a qué iglesia perteneciste en la Tierra?

— ¿Para qué la pregunta?— inquirió el forastero con humildad.

—El Señor desea entenderse con uno de los visitantes del Hogar Divino y estamos relacionando, por orden, los nombres de aquellos que más profundamente lo amaron en el mundo...

— ¡No se preocupen entonces conmigo!— clamó el anónimo beduino. — Nunca pude consagrarme al culto del Señor y sinceramente ignoro por qué razón fui ascendido hasta aquí, cuando no puedo tener un lugar entre los elegidos de la fe.

— ¿Qué hiciste entre los hombres?

—Que el Señor me perdone la ingratitud y la dureza—suspiró el viejito, —pero el sufrimiento de mis hermanos no me dio la oportunidad de pensaren

Él... ¡ Nunca pude meditar con calma en la sublimidad del Paraíso, porque el desierto estaba lleno de aflicción y lágrimas!...

Viendo que el extraño peregrino prorrumpiera en llanto, el ángel que se mantenía silencioso opinó, comprensivo:

—En verdad, no podemos situarte en la relación de los que amaran al Benefactor Eterno, pero colocaremos tu nombre en el pergamino, como alguien que amó intensamente a los semejantes.

El anciano, sumergiendo la cabeza en las manos huesudas, sollozó reconocido, mientras los compañeros presentes comentaban el extraño procedimiento de aquél que hiciera bien sin recordarle siquiera de la existencia de Dios.

Sin embargo, después de varios minutos de expectativa un importante grupo de mensajeros divinos penetró en el claustro engalanado de flores, con cánticos de júbilo, trayendo extensa banda con un nombre grabado con caracteres de luz.

Era el nombre del viejo Ibrahim Al-Mandeb. El Señor pretendía conversar con él.

CUESTIÓN DE JUSTICIA

Y el viejo amigo nos contó, de buen humor, una historia en torno a los comentarios que relacionáramos sobre la justicia del mundo:

–Un gran juez, domiciliado en un planeta donde el amor ya solidificó sus bases en los corazones, fue indicado para venir a la Tierra, con el fin de verificar el progreso del Derecho entre los hombres.

Grandes genios de la Espiritualidad Superior, deseando aferrar los valores de la evolución terrestre, lo designaron para observar los fenómenos de la conciencia recta en el círculo de las criaturas.

¿Cómo estarían las naciones terrestres después de Jesucristo, él Celeste Orientador ajusticiado en la cruz? ¿Se hallaría la comunidad social integrada en la enseñanza del amaos los unos a los otros"?

La gran civilización había sido fundada, en nombre del Maestro Inolvidable.

Se sabía que la imagen del Señor constaba en múltiples símbolos patrióticos, en los santuarios y en los parlamentos, en los hogares y en las escuelas...

En nombre de Cristo, se labraban documentos oficia-les, se expedían decretos y se instituían programas educativos...

¿Cómo estaría siendo aplicada la substancia del Evangelio en la vida práctica? Seguramente, el discernimiento irreprochable permanecía vigilante en todas las casas de la dirección espiritual.

Para examinar esa realidad, el mensajero debidamente autorizado venía al mundo, revestido de poder para expresarse sobre el asunto.

Atendiendo, de ese modo, al objetivo que lo traía, lo acompañamos a una gran capital de la Civilización moderna, ingresando, de inmediato, en un tribunal concurrido, en el que se procesaban los servicios del juicio a un hombre desvalido y solo.

El mísero comparecía, frente al juez, por haber sido atrapado en el delito de hurto.

Nosotros y el emisario del Plano Superior quedamos a la par de la verdadera situación del reo.

Espíritus amigos le sustentaban el coraje moral y la luz de la oración le coronaba la frente.

El desventurado pedía a Dios bendijese a la esposa enferma y a los cuatros hijitos menores que padecían dolorosas privaciones en la caverna de miseria que les servía de hogar, rogando el perdón de la Providencia Divina por el crimen que cometiera.

Robó, sí... Asaltara a un emporio comercial, cediendo a la tentación de apropiarse de algunos géneros alimenticios para la subsistencia de la familia, en un momento negro de la suerte.

Sin embargo, se reconocía arrepentido. Esperaba recuperarse y trabajar.

Traspasaba ya los cuarenta años, y, habiendo quebrado en una simple empresa agrícola a la que se dedicara por muchos años, se vio condenado al desempleo y al abandono. Nadie deseaba contratar la cooperación de un hombre considerado viejo e inútil. Vagaba por semanas y semanas, a la caza de un trabajo digno, pero todas las puertas se cerraban, inflexibles...

Mientras la salud le garantizara la casa, tuvo fuerzas para flotar... Sin embargo, ante la mujer enferma y los niños hambrientos, no encontraba otro recurso sino el de sumergirse en la oscura corriente de las ideas deplorables que lo sedujeron al hurto...

Desertara de la virtud, cayera lamentablemente; entretanto, confiaría en el porvenir.

El Señor lo ayudaría a levantarse...

La oración del reo nos dolía en el alma.

El examinador de la justicia, conmovido tanto como nosotros, aguardó el veredicto, con la expectativa de una corrección benéfica, basada en el estímulo para la restauración moral del culpable.

Aquel padre en sufrimiento podría materializar, aún en el mundo, santificantes bendiciones y la justicia no debería crear incentivos para la desesperación y la rebeldía.

No obstante, con enorme desilusión para nosotros, el infeliz fue sentenciado a veinte años de prisión.

Oyendo los sollozos compulsivos del infortunado, que reconocía frustradas todas las esperanzas, el mensajero de lo Alto intentó confortarlo indirectamente y anunció que visitaría al dirigente del país, en la suposición de conseguir un reajuste.

El tribunal parecía oscurecido por extrañas turbaciones.

Probablemente, inspiraría medidas adecuadas a la administración de la metrópoli que visitábamos y la justicia surgiría en el caso, en los moldes indispensables de la compasión.

Los seguimos, sin detenernos, alcanzando el hermoso palacio de gobierno.

Tal vez por coincidencia, el magnífico solar vivía un día de fiesta. Mucha gente ocupaba sus dependencias. Carros suntuosos, de altas personalidades, se sucedían en la puerta...

En un salón, engalanado de flores, el gobernador fue identificado por nosotros, en el instante preciso en que, solemne, a la manera de un semidiós, llamaba a un hombre de nariz curvada y de ojos felinos y lo condecoraba bajo aplausos generales.

Alguien nos esclareció en pocos momentos.

Era el homenajeador un insensible oficial de guerra que planeaba la muerte de millares de hombres, que depredara por su propia cuenta, que se enriqueciera a costa del pillaje, que esparciera el infortunio en diversas direcciones y que manejara, con crueldad, variados instrumentos de destrucción.

Alrededor de él, centenas de entidades reclamaban, lloraban, gritaban y gemían, acribillándole de maldiciones.

Era precisamente ese hombre el héroe de la fiesta, glorificado por la autoridad máxima de la nación, con una significativa medalla de honor.

El magistrado espiritual procuró comunicarse, en espíritu, con algunos de los responsables, pero todas las atenciones estaban centralizadas en la ruidosa alegría del ambiente, regada por, numerosas copas de sabrosa champaña...

Vimos, entonces, al mensajero de lo Alto, en actitud de profunda tristeza, despedirse con un gesto amable de adiós, remontando al mundo feliz de donde viniera.

El narrador hizo una larga pausa... Al final, quebrantando el silencio, alguien preguntó:

-Pero nunca más se recibieron noticias del emisario desencantado? ¿Cómo habría respondido él a los instructores sobre la misión que le fuera confiada?

El viejo compañero sonrió, detenidamente, y aclaró:

-Tuvimos noticias, sí... A las interpelaciones de los Mentores de la Vida Más Alta, notificó que había algo errado en la máquina de la justicia humana y que, por eso, rogaba un plazo de quinientos años para continuar observando a los hombres, con el fin de responder...

Los comentarios de nuestra pequeña asamblea continuaron abiertos, pero el anciano guardó silencio y, aunque fue instado por nuestras interrogaciones, callado y sonriente, se despidió de nosotros.

ALABADO SEA DIOS

El narrador hizo una larga pausa... Al final, quebrantando el silencio, alguien preguntó:

-¿Jero nunca más se recibieron noticias del emisario desencantado? ¿Cómo habría respondido él a los instructores sobre la misión que le fuera confiada?

El viejo compañero sonrió, detenidamente, y aclaró:

-Tuvimos noticias, sí... A las interpelaciones de los Mentores de la Vida Más Alta, notificó que había algo errado en la máquina de la justicia humana y que, por eso, rogaba un plazo de quinientos años para continuar observando a los hombres, con el fin de responder...

Los comentarios de nuestra pequeña asamblea continuaron abiertos, pero el anciano guardó silencio y, aunque fue instado por nuestras interrogaciones, callado y sonriente, se despidió de nosotros.

El fervoroso panadero que dirigía el culto de la noche aún no he recurrido a él sin resultado. En todas las circunstancias es el mismo admirable amigo. Abnegado, diligente, sincero...

-Yo- aclaraba Doña Adelia, -tengo como generoso protector a un viejo africano que se da a conocer por Tadre Amancio". Es un modelo de paciencia, ternura y bondad, Parece haber traído de la esclavitud todo un tesoro de sabiduría y cariño...

-Eso mismo- agregó Fernández, compañero atento del círculo, es indispensable sepamos, que muchas deseas entidades, aparentemente pequeñas y simples, son grandes almas de vanguardia en el progreso de la inteligencia, que se vistieron de esclavos, en el tiempo del cautiverio, conquistando la grandeza del corazón. ¿Cuántos sabios de otrora surgen por detrás de esos nombres humildes, lavando nuestros defectos y curando nuestras llagas?

-Sí, sí...- ponderaba Ernesto, caluroso defensor de la caridad en la pequeña asamblea y, sobretodo, debemos aprender con ellos la ciencia del amor desinteresado y puro. Nunca los vi desesperarse ante nuestras

peticiones incesantes... ¿Cómo negarles nuestra admiración y respeto incondicionales?

La conversación proseguía en el mismo tono, hasta que las ocho campanadas del reloj, hicieron que Félix convocase a los asistentes al silencio y a la oración.

Los diecinueve amigos consagraron algunos minutos a la lectura y comentario del precioso libro evangelizarte y, enseguida, Doña Amalia, la médium más experimentada del equipo, albergó al hermano Benedicto, denodado benefactor de ¡a agrupación, que al presentarse, fue rápidamente interpelado de diversas maneras por los concurrentes.

Doña Celeste rogó su amparo en favor de un hermano desempleado. Doña Adelia pidió ayuda para la solución de una vieja pendencia que le llevara su nombre a un tribunal, El viejo africano respondió a todos con invariable benevolencia y, al final, cerrando la reunión, habló, emocionado, por la médium:

–Mis amigos, hace largos años que estamos juntos...

Para nosotros, los hermanos desencarnados, esa larga convivencia ha sido una bendición...

Hoy invocamos nuestra amistad para suplicarles un sublime favor...

Con mucha alegría, nos sentimos aún, felices esclavos de todos ustedes... En todos ustedes, encontramos hijos del corazón cuyas dificultades y dolores nos pertenecen... ¡Ah! mis hijos, pero, en verdad, tenemos también nuestros descendientes en la Tierra! Nuestros retoños, nuestros nietos... ¡Cuántos de ellos vagan sin rumbo! ¡Cuántos suspiran por la gracia del alfabeto! ¡Cuántos se pierden en los desfiladeros de sufrimiento o en los valles de la tiniebla, entre la ignorancia y la miseria, la enfermedad y el vicio! ¿No sería mejor que fuesen cautivos en las chozas del trabajo que prisioneros en los charcos del crimen?

Es por eso que venimos a rogar a ustedes caridad para ellos...

¡Son millares de niñitos abandonados, así como hojas de los árboles en un vendaval!...

Les pido, de rodillas, que iniciemos una cruzada de amor, en la solución de un problema así tan grave...

Si cada uno de nuestros amigos acogiese a uno solo de nuestros pequeñitos, en la intimidad del templo doméstico, ofreciéndoles el nivel de experiencia en el que mantienen a su propia familia, seguramente que, en poco tiempo, habremos resuelto el doloroso enigma...

No les ruego la fundación de albergues para niños de piel oscura... Eso sería alimentar la discordia de raza y aumentar la separación. Les suplico un pedazo de hogar para ellos, un poco de cariño que nazca, puro, del corazón.

Si ustedes empiezan semejante trabajo, el buen ejemplo estaría brotando y produciendo frutos de educación y luz en la práctica fraternal...

El amigo espiritual se entregó a larga pausa, como quien observa el efecto de sus palabras; entretanto, como ninguno rompiese la quietud, insistió, generoso:

– ¿Quién de ustedes deseará comenzar?

Constreñidos, así, a una respuesta directa, todos los compañeros se revelaron entre la evasiva y la negación.

Doña Celeste alegó su condición de esposa sacrificada por un marido exigente.

Doña Ernestina se acusó demasiado vieja para ser útil, en una iniciativa de tan elevado alcance.

Doña Josefa explicó que tenía la existencia presa a los caprichos de una hija, que no le concedía el menor placer.

Ernesto clamó que el tiempo le huía en precipitada carrera...

Nadie podía responder favorablemente a la petición.

Estaban todos enfermos, fatigados, viejos, sacrificados o sin horario suficiente para el trabajo del bien.

Y el propio Félix, a quién correspondía el gobierno de la casa, explicó con voz sumisa:

¿Quién soy, pequeñito y miserable siervo del Señor, para aceptar una empresa así tan grande?

Fue entonces, que el benefactor espiritual, sintiendo tal vez el frío ambiente, cerró el asunto, diciendo, resignado:

–Benedicto comprende, mis hermanos! ¡Sabemos que ustedes nos ayudarán, cuando sea posible!...

Hasta la semana próxima, cuando estaremos nuevamente aquí, aprendiendo con ustedes las lecciones del Evangelio de Nuestro Señor...

Y, sonriendo, desilusionado, se despidió afirmando como siempre:

– ¡Alabado sea Dios!

LEYENDA SIMBÓLICA

Existe en el folklore de varias naciones del mundo una antigua leyenda que expresa en forma común la verdad de nuestra vida.

Cierto hombre que vagaba, infeliz, padeciendo a la intemperie y en soledad, encontró una valiosa piedra en la que se refugió, encantado.

En forma de concha en posición vertical, el minúsculo peñasco lo protegía contra las gotas de lluvia, ofreciéndole, al mismo tiempo, abrigo seguro sobre el cual vasta porción de hojas secas le propiciaban adecuado nido.

El atormentado viajero se acomodó contento, en semejante habitación y, lejos de consagrarse al trabajo honesto para renovarla y engrandecerla, se confió a la mendicidad.

Más allá, convivían otros compañeros de Humanidad con pruebas más aflictivas que las de él, sin embargo, él se creía el más desgraciado de todos los seres y prefería examinarlos a través de la envidia y la irritación.

Adelante, sonreía la tierra lujuriosa, invitándolo a la siembra productiva, no obstante, ocultaba las manos en los andrajos que le cubrían la piel, alargándolas simplemente para pedir limosna.

En la inmensidad del cielo, cada mañana, surgía el Sol, como glorioso ministro de la Luz Divina, exhortándole a la labor digna, pero el desdichado se admitía incapacitado y enfermo de tal suerte que no se atrevía a dejar la piedra protectora.

Oía de labios benévolos incesantes ruegos a su renovación, con el fin de ejercitarse en la práctica del bien, en favor de sí mismo, pero, extremadamente solidificado en la ociosidad y en el desaliento, replicaba con evasivas definiéndose como alguien que sufre irremediablemente, vomitando quejas o disparando condenaciones.

No podía trabajar por faltarle recursos, no estudiaba por huirle el dinero, no ayudaba de modo alguno a nadie por ser pobre hasta la miserabilidad completa, decía entre sucesivas lamentaciones.

Rogaba pan, suplicaba remedio, mendigaba socorro de todo género, acusando al destino e insultando al prójimo...

Por más de medio siglo se demoró en la piedra muda y hospitalaria, hasta que la muerte le visitó los harapos, arrebatándolo de la carne a las sorpresas de su reino.

Fue entonces que manos trabajadoras removieron la enorme mole de piedra para que la higiene volviese al paisaje, encontrando bajo la primera roca granítica un inmenso tesoro de monedas y joyas, susceptible de asegurar la evolución y el progreso de una gran comunidad.

El devoto de la inercia sufriera desolación y necesidad, por toda la existencia, sobre un lecho de inimaginable riqueza.

Así somos, casi todos nosotros, durante la reencarnación.

Almas hambrientas de progreso y purificación, nos colamos al catre físico para la adquisición de conocimiento y virtud, experiencia y sublimación, pero, muy lejos de entender nuestra divina oportunidad, desertamos de la lucha y viajamos en el mundo a la manera de mendigos caprichosos y descontentos, albergando amargas y lágrimas, en el culto disfrazado de la rebeldía.

Y, olvidando que nuestros brazos pueden actuar para el bien, los extendemos no para dar y sí para recoger, pidiendo, suplicando, reteniendo, reclamando y exigiendo, hasta que llega el momento en que la muerte nos hace conocer el tesoro que despreciamos.

Si la leyenda que repetimos puede merecer tu atención, aprovecha la comodidad del cuerpo al que te acoges, entregándote a la construcción del bien, por amor al bien, en la certeza de que tu paso por la Tierra vale como una generosa bolsa de estudio, y que mañana regresarás para el ajuste de cuentas en tu esfera de origen.

LA LIMOSNA DE LA COMPASIÓN

Con las puertas abiertas al servicio de la caridad, la casa de los Apóstoles en Jerusalén vivía repleta, con algarabía tumultuosa.

Eran enfermos desilusionados que venían a rogar esperanza, ancianos desconsolados que suplicaban abrigo. Mujeres con el semblante pálido traían en los brazos criaturas deformes, que el duro guante del sufrimiento mutilaba al nacer, y, de cuando en cuando, grupos de hermanos generosos llegaban de la vía pública, acompañando alienados mentales para que recogiesen allí el beneficio de la oración.

En una sala pequeña, Simón Pedro atendía, servicial.

Pero, fuese por el cansancio físico o por las desilusiones captadas al contacto con las hipocresías del mundo, el antiguo pescador acusaba irritación y fatiga, la cual expresaba en exclamaciones de amargura que ya no podía contener más.

– ¿Observa a aquel hombre que viene allá, con los brazos secos y estirados?– gritaba a Zenón, el compañero humilde que le prestaba ayuda– aquél es Roboáo, el miserable que apaleó a su propia madre, en una noche de embriaguez... ¿No es justo que sufra, ahora, las consecuencias?

Y pedía que el enfermo no ocupase su atención.

Enseguida, indicando a una mujer llena de heridas que se arrastraba buscándolo, exclamó, encolerizado:

–¿Qué buscas, infeliz? Gozaste en el orgullo y en la crueldad, durante largos años... Muchas veces oí tu risa inmundada frente a los esclavos agonizantes que pisoteabas hasta la muerte... ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!...

Y al cometer tantos desmanes por las indisposiciones que se veía tocado, enseguida, gritó a un viejo paralítico que le imploraba socorro:

–¿Cómo no te avergüenzas de comparecer en el hogar de; Señor, cuando siempre devoraste el centavo de las viudas y de los huérfanos? Tus arcas están repletas de maldiciones y de lágrimas... El llanto de las víctimas es un grillete en tus pies...

Y, así por muchas horas, fustigó las desventuras ajenas, colocando a la vista, con palabras candentes e incisivas, las deficiencias y los errores de cuantos les venían a suplicar el reconfortamiento.

Sin embargo, cuando el Sol desapareciera distante y la neblina crepuscular invadiera el suave refugio, un modesto viajero penetró en el estrecho cenáculo, exhibiendo en las manos grandes manchas sanguinolentas.

En el compartimiento, ahora vacío, apenas estaba el viejo pescador, que se disponía a retirarse, sudoroso y abatido.

El recién llegado, silencioso, se aproximó sutilmente, y lo tocó con dulzura.

El turbado discípulo del Evangelio sólo así le dio su atención pero clamando, impulsivo:

–¿Quién eres tú, que llegas a estas horas, cuando el día de trabajo ya termino?

Y como el desconocido no respondiese, inflexión de censura:

– ¡Di de prisa! Di de prisa a qué vienes...

Pero en ese instante, se detuvo a contemplar las rosas de sangre que desabotonaban en aquellas manos bellas y finas. Se fijó en los pies descalzos, de los cuales aparecían aún vivos, las rojas señales de los clavos de la cruz y, ansioso, encontró en el extraño peregrino la mirada que reflejaba el fulgor de las estrellas...

Perplejo y desfalleciente, comprendió que se hallaba ante el Maestro, y, arrodillándose, con lágrimas, gimió afligido:

– ¡Señor! ¡Señor! ¿Qué pretendes de tu siervo?

Fue entonces que Jesús resucitado le acaricie atormentada cabeza y le habló con la voz triste:

– ¡Pedro, recuérdate que no somos llamados a socorrer almas puras!... ¡Vengo a rogarte la caridad del silo cuando no puedas auxiliar! Te suplico para los hijos de mi esperanza la limosna de la compasión...

El rudo, pero amoroso pescador de Cafarnaúm sumergió la cara en las manos callosas para enjugar el llanto copioso y sincero, y cuando levantó de nuevo los ojos para abrazar al querido visitante, en el solitario aposento solamente había la sombra de la noche que avanzaba levemente.

INFORTUNIO MATERNO

En pleno hospital de la Espiritualidad, una pobre criatura nos extendió la mirada suplicante y rogó:

– ¿El señor consigue escribir para la Tierra?

– Cuando me lo permiten– repliqué entre pesaroso y asombrado.

¿Quién era aquella mujer que me interpelaba de ese modo?

La fisonomía cadavérica exhibía recuerdos de la muer-te. La cara inundada de llanto tenía señales de angustia y las manos esqueléticas y semicerradas, daban la idea de unas garras en forma de conchas.

Dance no conseguiría traer del Infierno una imagen más desolada de sufrimiento y terror.

— ¡Escriba, escriba!– repetía llorando. – ¿Pero escribir a quién?

–A las mujeres...– clamó la infeliz. –Ruégueles que no huyan de la maternidad noble y digna... pido que no hagan del casamiento una estación de egoísmo y ociosidad...

Los sollozos que le reventaban el pecho nos inducían a doloroso constreñimiento.

Y la infeliz nos contó entre lágrimas:

. –Estuve en la Tierra, durante casi medio siglo... Tomé cuerpo entre los hombres, después de entenderme con un amigo dilecto que siguió, antes que yo, rumbo a la arena carnal, donde me recibió en sus brazos de esposo dedicado y fiel. Con el consentimiento de instructores, por cuya bondad obtuvimos el retorno a la comprometimos a recoger a ocho hijitos, ocho corazones de nuestro propio pasado espiritual, que por nuestra culpa directa e indirecta yacían en las cavernas de la crueldad y de la indisciplina... Nos correspondía acogerlo cariñosamente renovándoles el espíritu, con el hálito de nuestro amor... Les soportaríamos las fallas del renacimiento, corrigiéndolas poco a poco, al precio de nuestros ejemplos de bondad y renuncia... Nosotros mismos solicitamos semejantes servicio... Para alcanzar

más altos niveles de evolución, suplicamos la prueba reparadora... Sabríamos morir gradualmente en el sacrificio personal, para que los asociados de nuestros errores ante la Ley Divina recuperasen la noción de la dignidad.

La triste narradora hizo una larga pausa que no osamos interrumpir y continuó:

–Entretanto, casándome con Claudio, el amigo al que me reporte, fui madre de un hijito cuyo nacimiento no pude evitar...

Paulo, nuestro primogénito, era una perla tierna de nuestras manos... Despertaba en mí ser, conmociones que el verbo humano no consigue reproducir... Aún, así acobardada ante la lucha, por más que me advirtiese el esposo bendito, transmitiendo avisos y ruegos de la Vida Superior detesté la maternidad, asilándome en el placer, obligado a gastar grandes sumas para satisfacer mis caprichos de la moda... Pero la frivolidad En las reuniones mundanas aparentemente vacías puede el alma aprender mucho cuando resuelve servir al bien... Endurecida, con todo, en la pereza, cual flor inútil que vive en el lujo dorado, por doce veces practiqué el aborto confeso... Sorda a los dictámenes de la conciencia que me ordenaba en apostolado maternal, expulsé de mí los antiguos lazos que en otro tiempo fueron mis cómplices en la delincuencia, asesinando las horas de trabajo que el Señor me había señalado en el campo femenino... Y, después de veinte años de obstinación delictuosa, ante el auxilio constante que me era conferido por el Amparo Celestial, nuestros Benefactores permitieron, para mi edificación fuese yo entregada a los resultados de mi propia escogencia... Enlazada magnéticamente a aquellos que la Divina bondad me restituiría por hijos del corazón y a los cuales negué amparo en mi ternura, fui obligada a tolerar sus asaltos invisibles, una vez que, seis de ellos, extremadamente rebeldes contra mi ingratitud, se convirtieron en perseguidores de mi felicidad doméstica... Fatigado por mis exigencias, mi esposo se refugió en el vicio, terminando su existencia en un suicidio espectacular... Mi hijo, joven aún, bajo la presión de los perseguidores ocultos que formé para nuestra casa, cayó en las sombras de la alienación mental, desencarnando con un tormento indescriptible en un desastre de lavía pública, y yo... pobre de mí abordando la madurez, conocí la dolorosa tumoración de mis entrañas, la vestidura carnal, como si estuviera horrorizada de mi presencia me expulsó hacia los dominios de la muerte,

donde me arrastré por largo tiempo, con todos mis débitos terriblemente agravados, bajo la flagelación y la ofensa de aquéllos a quienes podía haber renovado con el bálsamo de mi leche y con la bendición de mi dolor...

La desdichada enfermera enjugó las lágrimas con que nos despertaba hacia una violenta emoción, y terminó:

—i Hable de mi experiencia a nuestras hermanas casa-das y robustas que disponen de salud para el dulce y santo sacrificio de ser madres! Ayúdelas a pensar... Que no transformen el matrimonio en una estufa de flores embriagantes e improductivas, cuyo perfume envenenado les abreviará el paso en dirección a las tinieblas... i Escriba!... Dígales algo del martirio que espera, más allá de la muerte, a cuantos quisieran engañar a la vida y matar las horas.

La mísera enferma sostenida por brazos amigos, fue: conducida a una vasta cámara de reposo e, impresionados con tamaño infortunio, intentamos cumplir su deseo y transmitir su palabra; pero, a pesar del respeto que consagramos a la mujer de nuestro tiempo, creemos que nuestro éxito sería más seguro, si caminásemos hacia un cementerio y soplásemos el mensaje dentro de cada sepulcro.

EN LOS DOMINIOS DE LA SOMBRA

En compacta asamblea del reino de las sombras, un poderoso soberano de las tinieblas, ante millares de falangistas de la miseria y de la ignorancia, explicaba el motivo de la gran reunión.

El Espiritismo con Jesús, aclarando la mente humana, perjudicaba los planes infernales.

¡En todas partes de la Tierra, las criaturas comenzaban a razonar menos superficialmente! Indagaban, con seguridad, en cuanto a los enigmas del sufrimiento y de la muerte y aprendían, sin mayor dificultad, las lecciones de la Justicia Divina. Comprendían sin cadenas dogmáticas las enseñanzas del Evangelio. Oraban con fervor. Meditaban en la reencarnación y comenzaban a interpretar con más inteligencia los deberes que le correspondían en el planeta. Mucha gente se entregaba a los libros nobles, a la caridad y a la compasión iluminando el paisaje surgían amenazadas...

¿Qué hacer para conjurar el peligro?

Y pidió a sus asesores que le presentasen su-gestiones.

Después de algunos momentos de expectativa, se levantó el comandante de las legiones de la incredulidad y habló:

–Procaremos divulgar la creencia de que Dios no existe y que las criaturas vivientes están entregadas a las fuerzas crueles y fatales de la Naturaleza...

Pero, el mayoral de las tinieblas, objetó, desencantado:

–El argumento no sirve. Cuanto más avanza en los caminos de la inteligencia, más reconoce el hombre la Paternidad de Dios, siendo atraído inevitablemente hacia la fe ardiente y pura.

Entonces, se levantó el orientador de las legiones de la vanidad y opinó:

–Espancemos la noticia de que Jesús nada tiene que ver con el Espiritismo, que las manifestaciones de los desencarnados se resumen a un caso fisiológico para las conclusiones de la Ciencia, y, desorientando a quienes profesan la Doctrina Renovadora, haremos que gocen la vida en el mundo, como mejor les parezca, sin ninguna obligación con el Evangelio y, así, serán

acogidos en el túmulo, con las mismas lagunas morales que trajeron en la cuna...

El rey de las sombras asintió, complacido:

—Sí, esa ilusión ya fue muy importante, pero hay millares de personas despertando a la verdad, en la certeza de que las puertas del sepulcro no se abrirán para los vivos de la Tierra, sin la intervención de Jesús.

En ese punto, el director de las falanges de la discordia se puso de pie y exclamó:

—Sabemos que la fuerza de los espíritus nace de las reuniones en que se congregan para la oración y el aprendizaje de la Vida Espiritual, en las cuales entran en contacto con los Mensajeros de la Luz... Siendo así, soplaremos la cizaña entre los seguidores de esa bandera transformadora, exagerando la noción de su dignidad. Separémosles unos de otros con el invencible bastón de la maledicencia. Llamaremos en nuestro auxilio a los polemistas, a los discutidores, a los cargadores de la basura social, a los fiscales del prójimo, y a los examinadores de las conciencias ajenas, para que sus templos se pueblen de heridas y amarguras incurables y, así, los hermanos de Cristo sabrán detestarse los unos a los otros, con sonrisas en los labios, inutilizándose para las obras del bien.

Sin embargo, el jefe satánico, consideró:

—Esa es una medida loable, pero necesitamos de una providencia de efecto más profundo, porque siempre aparece un día en que las peleas y desacuerdos terminan con los remedios de la humildad y con el socorro de la oración.

A esa altura, se irguió el conductor de las falanges del desorden y ponderó:

—Si el problema es de las reuniones, conseguiremos liquidarlo en tres tiempos. Buscaremos sugerir a los miembros de esas instituciones que el lugar de los cónclaves es muy lejos, y no les conviene afrontar las sorpresas desagradables de la vía pública. Haremos que el horario de las reuniones coincida con el lanzamiento de películas especiales o con festividades domésticas de fecha fija. Improvisaremos de-terminadas tentaciones para los compañeros que posean mayores deberes y responsabilidades junto a las asambleas, con el fin de que los principiantes no vayan a perseverar en el

trabajo de su elevación. Organizaremos dificultades para el transporte y atraeremos visitas afectuosas que lleguen en el momento exacto de la salida para los cultos espíritas cristianos. Haremos tumulto en el ambiente de los hogares, escondiendo abrigos y bolsas, carteras y llaves para que los creyentes se pongan de mal humor, desistiendo del servicio espiritual y desacreditando su propia fe.

El soberano de las tinieblas mostró una gran satisfacción en el semblante y añadió:

—Sí, eso es un precioso trabajo de rutina que no podemos menospreciar. Entretanto, carecemos de un recurso diferente...

El responsable de las falanges de la duda se levantó y dijo:

—Las reuniones referidas son siempre más valiosas, con el auxilio de médiums competentes. Buscaremos, desalentarlos y dispersarlos, penetrando en la onda mental en la que se comunicara con los benefactores Celestes haciéndoles creer que la palabra del Más Allá es el resultado de un engaño de ellos mismos, obligándolos a sentirse mentirosos, payasos, embusteros y mistificadores, sin ninguna confianza en sí mismos, para que las asambleas se vean incapaces y desmoralizadas...

El mentor del recinto aprobó la alegación, pero consideró:

—Indiscutiblemente, el combate a los médiums no puede esmorecerse, pero necesitamos de una medida más viva, más penetrante...

Fue entonces que el orientador de las falanges de, la pereza se levantó, tomó la palabra, y habló, respetuoso:

—Ilustre jefe, creo que la mejor medida será recordar al pensamiento de todos los miembros de las agremiaciones espíritas que Dios existe, que Jesús es el Guía de la Humanidad, que el alma es inmortal, que la Justicia Divina es infalible, que la reencarnación es una verdad incontestable, que la oración es una escalera solar, reuniendo a la Tierra con el Cielo...

Pero el soberano de las sombras, entre el asombro y la ira, le cortó la palabra, exclamando:

¿Adónde pretende llegar con semejantes afirmaciones?

El comandante de los ejércitos perezosos añadió, sin perturbarse:

—Sí, diremos que el Espiritismo con Jesús, pidiendo a las almas encarnadas que se regeneren, buscando el conocimiento superior y sirviendo

a la caridad, es, de hecho, el derrotero de la luz, pero que hay tiempo suficiente para la redención, que nadie necesita incomodarse, que las realizaciones edificantes no efectuadas en una existencia pueden ser atendidas en otras, que todo debe permanecer ahora como está en lo íntimo de cada criatura en la carne, para ver cómo quedarán después de la muerte, que la liberalidad del Señor es inconmensurable y que todos los servicios y reformas de la conciencia, marcados para hoy, pueden ser transferidos para mañana... De ese modo; tanto vale vivir en el Espiritismo como fuera de él, con fe o sin fe, porque el salario de inutilidad será siempre el mismo...

El rey de las sombras sonrió, feliz, y concordó:

— ¡Oh! hasta que al fin descubrimos la solución!... De todos los lados se oían risueñas exclamaciones:

— ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

El argumento del astuto conductor de las falanges de la inercia había vencido.

FIN